BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

CAOS SIN FUTURO

Ralph Barby

CIENCIA FICCION





CAOS SIN FUTURO

Ralph Barby

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

450 - Asalto a la 4ª dimensión, *Glenn Parrish*.

451 - ¡Cadáveres!, *Curtis Garland*.

452 - Sangre verde, *Glenn Parrish*.

453 - Los hematófagos, *Kelltom McIntire*.

454 - Los enemigos del Sol, *Joseph Berna*.

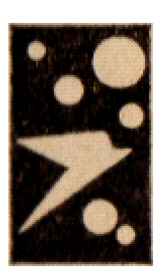
RALPH BARBY

CAOS SIN FUTURO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 455

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 6.170 - 1979

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1979

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

El jadeo de la muchacha era rápido, muy rápido; el aire que aspiraba parecía insuficiente para sus pulmones. Su piel estaba empapada de sudor, y tenía algunos arañazos en los brazos. Sus ojos, verde claros, fulguraban de 'miedo.

- ¡Allí, allí, ya la tenemos! — gritó una voz.

  Dy había llegado al final del bosque. Frente a ella se extendía un vasto monte bajo, arbustos, piedras, hierbas... No era como el bosque, donde los árboles le habían brindado alguna protección.Durante horas había podido ir escondiéndose tras los árboles. Ahora, sus perseguidores la cercaban, impidiéndole regresar al interior del bosque donde permaneciera oculta.Sus ropas estaban hechas jirones, tenía hambre y sed. Era como un animal indefenso, acorralado, a punto de sucumbir.Dy tenía ya la amarga seguridad de que no podría escapar a sus perseguidores. Se había repetido innumerables veces que si era capturada se suicidaría, pero no estaba segura de que cuando el momento decisivo llegara pudiera poner fin a su vida, una vida demasiado joven para concluirla. Sin embargo, si era capturada viva, sabía bien lo que le esperaba.
- ¡Que no pueda volver al bosque! — gritó otro de los perseguidores, desde distinto punto.

  Dy vaciló, tratando de no dejarse empujar hacia el monte bajo, donde tendría escasísimas posibilidades para esconderse. Agotada como estaba, no tardarían en darle alcance.Quiso correr en dirección contraria por la que había estado huyendo y retomar al corazón del bosque, pero uno de sus perseguidores le salió por delante.
- ¡Ya la tengo!

  La muchacha dio un salto y una red le rozó la espalda, sin

conseguir envolverla.Dio otra media vuelta y, saltando en zigzag, escapó hacia el monte bajo, pues ya no tenía más escapatoria que correr al descubierto.

- ¡Se ha escapado la zorra, vamos por ella!

Los perseguidores eran cuatro, y avanzaban en arco, de modo que no podía burlarlos.Dy corría, pero sus piernas no tenían ya la fuerza necesaria para escapar. Saltó unos arbustos, rodeó unas rocas, corrió a derecha e izquierda y, cuando ya creía haberlos dejado atrás, algo oscuro voló sobre ella.La red, lanzada con habilidad, la envolvió de lleno. Dy dio con su cuerpo en el suelo y, en vez de escapar de la malla, se enredó más en ella. Forcejeó, jadeante, casi sin aliento. Hundió los dedos entre las cuerdas cuando los cuatro hombres que la habían estado persiguiendo la rodeaban.Dos de ellos juntaron las puntas de la red y las hicieron girar, de tal modo que Dy comenzó a dar vueltas sin poder escapar y, al poco, la red la oprimía de tal forma que ya no podía liberarse. Era como si se hubiera convertido en un embutido.

- Magnífico ejemplar, ¿eh? — comentó uno, mirando a la víctima apresada. — Ya os lo decía, valía la pena esforzarse por la captura.
- Sí, es un buen ejemplar — opinó el más corpulento de los cuatro. — Si fuera virgen, podríamos sacar mucho más.
- Si es virgen o no, podemos averiguarlo pronto — rezongó otro.

Otro se encaró con la asustada Dy, y le preguntó:

- ¿Eres virgen?
- ¡Canallas, hijos de perra, sois ratas!
- ¿Oís? La chica insulta que da gusto.
- Parece un ejemplar de primera, habrá que procurar que no se lastime. Las píeles tersas y suaves como la de ella, se pagan mejor.
- ¿Qué hacemos? — preguntó el que había descubierto a Dy hacía ya días, y había avisado a los demás para lograr la captura de la muchacha.
- Sí, eso, averigüémoslo ahora mismo, y así sabremos lo que podemos sacar por ella. No todos los días se consigue una pieza de esta clase.

De pronto, apareció un dardo luminoso, que dio en la cabeza de uno de los cazadores de muchachas. No pudo ni levantar las manos, se le ennegreció el rostro de inmediato, y cayó al suelo.Antes de que se dieran cuenta de lo que ocurría, otro dardo acertó en el pecho del segundo. Un tercer disparo de rayo incinerante tumbó a otro de los cazadores, y el cuarto,

apartándose rápidamente de su víctima, echó a correr.Mas el dardo no le dejó llegar hasta el bosque, y cayó al suelo inflamado para no volver a levantarse.Quien también estaba en el suelo, envuelta en la red, era Dy. Miró hacia lo alto de la colina, y descubrió a un hombre que vestía botas altas, pantalón ajustado, guerrera de color verde grisáceo, y utilizaba un casco dorado.En su mano empuñaba una pistola incinerante. El rostro se hallaba cubierto por el protector transparente de vitro-plast.Empapada de sudor, temblando todavía de angustia y miedo, Dy seguía envuelta por la red, esperando que la muerte se la llevara antes de ser conducida al destino que los cazadores de muchachas le tenían reservado.El desconocido que acababa de salvarla fue hacia ella y, al llegar a su altura, la observó.Desde el suelo donde estaba tendida, a través de los agujeros de la malla, el hombre le pareció fuerte y alto, muy alto. Le miró y, sin saber qué hacer, si suplicar o gritar, se echó a llorar. Sus hermosos ojos glaucos se llenaron de lágrimas.El hombre desenfundó un afiladísimo cuchillo y cortó parte de la red para liberarla. Después, enfundó el cuchillo de nuevo y, reincorporándose, dijo:

- Estás libre.

Dy, vestida con las escasas ropas rotas, que apenas cubrían su cuerpo joven y terso, tan codiciado por los cazadores de chicas, se sentó en el suelo sobre la red y, mirando al hombre del casco dorado, le interrogó.

- ¿Vas a venderme tú también?
- Estás libre.

Dy no podía creer lo que sucedía. Desde que escapara a los bosques, había aprendido la lección de que debía vivir sola y no fiarse de nadie. ¿Por qué aquel desconocido, que había exterminado a los cuatro cazadores, no la consideraba su cautiva, si sabía que podía venderla muy bien?Una muchacha como ella podía llegar a ser lo más cotizado, dentro de aquel caótico mercado del placer y la supervivencia, que reinaba en el degradado y velozmente decadente planeta Tierra.Ya más tranquila, aunque sin comprender del todo, preguntó:

- ¿De verdad puedo irme?

Necesitaba que se lo dijeran muy alto y muy claro para que ella misma pudiera creérselo, ya que si algún hombre la capturaba, lo mismo podía venderla que convertirla en su propia esclava para satisfacer sus deseos sexuales personales.

- Sí, eres libre. Yo voy a ir a mi «cart»; si te quedas en el bosque, vendrán otros y te cazarán como han hecho ésos que ya no viven.

- Y si no me quedo en el bosque, ¿adónde puedo ir?

Ante aquella pregunta, el hombre suspiró, desalentado, tras el protector transparente de rostro.

- No lo sé, pero si quieres venir conmigo, puedes hacerlo. Yo me dirijo hacia el lago Salado. Luego, no sé qué ocurrirá porque los terrícolas ya no tenemos futuro; nos quedamos sin él, desde que sufrimos el ataque alienígena.

El hombre que la había salvado dio media vuelta y echó a andar, alejándose.Dy se puso en pie, y miró hacia el bosque donde había permanecido escondida. Por su mente, como rápidos destellos, pasaron sus recuerdos de los días allí vividos.Se vio bebiendo en el arroyo, comiendo raíces, hurtando los huevos de los nidos de los pájaros, encaramándose a los árboles para escapar a las alimañas, azotada por el viento y la lluvia... Miró los cuerpos tendidos de los cazadores de muchachas, y decidió rápidamente.Corrió hacia el hombre que se alejaba, y caminó tras él sin decir nada, como si buscara el amparo de su sombra.No muy lejos estaba el «cart», un vehículo «atom-hover-craft» con autonomía total hasta que se consumiera la pila nuclear que utilizaba como combustible y que tenía una vida mínima garantizada de veinte años, y podía decirse que el «cart» era nuevo.

- ¿Quieres venir conmigo?

Ella asintió con la cabeza.

- Te repito que no sé adónde voy a llegar, vivimos en el caos total. No puede haber futuro para nosotros porque carecemos de posibilidades de descendencia. Somos una civilización sin niños. Cuando los que ahora somos jóvenes desaparezcamos, ya no quedará nadie, seremos una civilización muerta como tantas otras que nos han precedido, claro que la nuestra será la última. Hasta los animales desaparecen porque no tienen descendencia.
- Lo sé, lo sé, pero si me han de capturar, te suplico que me mates.
- Otras muchas mujeres prefieren vivir, aunque sea para satisfacer las ansias de quienes sólo desean complacer sus instintos carnales. El sexo, la gula, las drogas, el sadismo y el miedo a morir de hambre, son los únicos valores en nuestro desdichado planeta Tierra, los valores más despreciables. Es hermoso amar — fijó su mirada en los bellísimos ojos glaucos de Dy, que no se apartaban de él — pero gozar del sexo con esclavas, sometiéndolas, humillándolas, es repugnante. Es agradable saborear los alimentos, pero repugna ver cómo hacen orgías de la gula y beben como en las más despreciables bacanales romanas. Llenan sus estómagos hasta que vomitan,

mientras otros seres en el planeta mueren de hambre porque ya no se producen alimentos en los campos ni en las factorías. Una muchacha como tú puede venderse o, mejor dicho, cambiarse, porque ya no hay dinero válido en billetes ni monedas, por un transporte repleto de alimentos enlatados, sacados de algún almacén oculto. Los poderosos, al ver como cambiaban las cosas después de la esterilización de nuestra civilización terrestre, se apresuraron a ocultar sus almacenes repletos de alimentos, y comenzó el mercado negro. Se cambian galletas, botellas de leche, latas de carne o pescado, por drogas o muchachas para satisfacer el sexo o el sadismo. He oído historias horripilantes. Es cierto que no hay ñera conocida más repugnante y execrable que el hombre, cuando desata sus pasiones más bajas.

Ella, que había permanecido callada oyéndole, preguntó al fin:

- ¿Y por qué tú no eres como los demás?
- No lo sé, quizá porque creo que en alguna parte existe una esperanza, aunque no seamos merecedores de ella.
- ¿Una esperanza?
- Sí, tiene que haberla. Me resisto a creer que nuestra especie desaparezca, no lo acepto.
- ¿Y si no la hay? — preguntó ella, vacilante.
- Dedicaré toda mi vida a la búsqueda de esa esperanza, y no desistiré hasta que muera. Aunque llegara a ser el último hombre de nuestra especie, no dejaría de buscar la salvación para la especie de humanos terrícolas, la más despreciable de las conocidas, aunque yo sea uno de sus miembros.
- ¿Crees que en el lago Salado vas a encontrar algo?
- Lago Salado sólo es una parada relativa en mi camino; después, no sé adónde me dirigiré.
- Me llamo Dy. ¿Me dejas acompañarte?
- ¿De verdad deseas venir conmigo?
- Como poco; si paras el «cart» donde yo te diga, no menguaré tus alimentos, cogeré hojas y raíces. He aprendido a sobrevivir con poco.
- ¿Has comido alguna vez carne humana?
- No.
- Muchos la han comido ya.
- Lo sé.
- Se empieza por comer cadáveres, convirtiéndose en necrófagos; cuando los cadáveres se terminan, se mata al desconocido o al conocido, al amigo o al hermano. Desgraciadamente, no somos una especie que sepa morir con dignidad.

- Es que la agonía es tan larga...
- Eso es, Dy, la agonía es demasiado larga. Aprendimos a morir dignamente, siempre que la agonía fuera corta, pero la Humanidad se enfrenta ahora a una agonía de décadas, y no es el individuo solo el que agoniza, si no la Humanidad entera, que es muchísimo peor. Todos los valores humanos, todos los derechos, noblezas y dignidades que tantos milenios nos han contado de alcanzar, en apenas un lustro han desaparecido; somos peor que las ñeras.
- Todos, no —le corrigió Dy, con voz trémula.
- Cierto, todos no, aún existes tú — le tendió la mano —. Me llamo Keel Soul.

La joven le estrechó la mano y luego, ambos subieron al «cart».El hombre levantó el protector de su rostro, dejándolo al descubierto. Dy lo observó de reojo. Soul poseía unas facciones nobles, una mandíbula pronunciada y dura, y se adivinaba bien armada de dentadura.La nariz no era pequeña ni grande, y el trazo del tabique nasal era recto y perfecto. Los ojos eran pardos, con destellos rojizos, como rojizos eran sus cabellos y bigote, aunque éste parecía algo más oscuro.Dy se relajó en la butaca, junto al piloto. Por primera vez en su vida, llegaba a saborear la sensación de seguridad y protección. Los árboles, los arbustos, las rocas, las colinas completas, pasaron raudas frente a sus ojos, mientras éstos se cerraban, y ella se sumergía en un sueño reposado y reparador.Había encontrado un amigo, cuando sólo había temido hallar la más vil esclavitud, al verse envuelta en la red de los cazadores de muchachas.

CAPITULO II

Dy tuvo la sensación de que se hallaba quieta, muy quieta. Abrió despacio sus grandes ojos de color verde muy claro. ¿Sería un sueño, sólo un sueño el que estuviera en un mundo de paz, donde su descanso no fuera interrumpido por nada?

Una luz tenue, color violeta, iluminaba el interior del amplio y comodísimo «cart». Afuera, al otro lado de los cristales, quedaban las tinieblas de la noche.

Keel Soul estaba fumando un cigarrillo de mentobacco, un cigarrillo ligeramente estimulante y nada tóxico para quien lo fumase.

Dy se lo quedó mirando. El hombre no llevaba el casco de protección colocado, y su cabello, brillante y grueso, abundante y lacio, quedaba a la vista.

Keel Soul era un hombre que se había impuesto unos objetivos, y que seguiría por el camino que se había marcado sin hacer concesiones a sus pasiones o sentidos, aunque, como humano que era, debía escoger un camino que pudiera sostener.

- Estamos frente a una ciudad.
- Las ciudades son peligrosas.
- Exacto, por eso estaba pensando que será mejor que te quedes escondida por aquí.
- ¿Me quieres dejar? — preguntó Dy, algo asustada.
- Debo ir al centro de la ciudad; no tenemos alimentos y hemos de proseguir viaje.
- Los alimentos son muy difíciles, de obtener.
- Sé dónde encontrarlos, pero es peligroso. Si yo tengo que jugarme la vida, lo haré mejor solo.

  -—¿Puedo pedir algo?
- Sí, claro.
- Prefiero acompañarte adonde quieras ir.
- ¿Y si nos atacan?
- Lucharé, tú no te preocupes por mí. Si llega el momento, prefiero que me maten a que me capturen.
- En esa ciudad, frente a la cual estamos, sé dónde puedo encontrar a un tipo que tiene alimentos. Nos son necesarios, pero no sé si me los dará por las buenas o por las malas. Sé perfectamente lo escasos que están los alimentos, que se mata

sólo por comer, y que incluso el canibalismo es por necesidad de sobrevivir.

• Ya te he dicho que estoy dispuesta a morir.

• Te creo. Desde que nos quedamos sin futuro para nuestra civilización, comenzó el imperio de los sentidos, y las chicas hermosas como tú son utilizadas como esclavas para la satisfacción de las pasiones. No tenéis otra escapatoria, se ha perdido el respeto a la dignidad humana.

Keel Saúl se la quedó mirando con fijeza; había tomado ya una decisión'

• ¿Sabes manejar un arma? — le preguntó.

• No.

• No es difícil. —Empuñó su pistola incinerante, y se la mostró. —Sólo hay que apuntar y oprimir este botón.

—. Me dan miedo las armas.

• Yo tengo esta pistola y un subfusil; cuando consiga otra pistola, te la daré.

• No la quiero.

• La necesitas para defenderte. Es posible que, cuando nazca el nuevo día, yo ya no esté vivo. Este es un mundo de lucha constante, un caos. Si me matan, defiéndete, no dejes que te conviertan en un placer más para los que tienen armas, alimentos- o drogas. La falta de futuro nos ha convertido a todos en bestias; no seas tú gacela en boca de lobos, no dejes que te devoren.

Ahora, vamos a buscar alimentos y, pase lo que pase, no temas, que mientras yo esté vivo no te dejaré sola en medio de las ñeras. Si en algún momento deseas marchar, podrás hacerlo. Pasaremos junto a grandes bosques, cerca de urbanizaciones o aldeas abandonadas, donde se puede vivir. Tú tomarás tu decisión libremente y tendrás que tomarla en algún momento porque después de que llegue al lago Salado, no sé qué ocurrirá.

• ¿Por qué quieres ir al lago Salado?

• Allí hay algo que me interesa, ya hablaremos de ello. Ahora, vamos a meternos en la boca del lobo.

Puso el «cart» en marcha. El vehículo circulaba suspendido en el aire, casi a un metro de altura, gracias a su sistema contragravitatorio. Era silencioso y rápido y su sistema de control automático, de radar, evitaba todos los obstáculos, aunque circulasen a altas velocidades.

• He pasado por algunas ciudades, y todas se parecen; no hay ley, sólo muerte, hambre, vicio.

La ciudad olía a quemado, y a derecha e izquierda de la amplia vía por la que avanzaban, podían verse los edificios

quemados o semiderruidos. Era como si hubiera sido devastada por una guerra o un terremoto.No había encendido general, las farolas estaban apagadas, pero había edificios que sí tenían luces, posiblemente por poseer en sus sótanos alguna pila nuclear, que les abastecía de energía.La ciudad daba la impresión de estar desierta; sin embargo, si se tenían los ojos atentos, podían verse sombras humanas corriendo de un lado a otro. Bastaba conectar la telecámara con el dispositivo de infrarrojos para que en la pantalla que había en el salpicadero pudieran ver las formas humanas perfectamente.

- Da lástima en lo que nos hemos convertido, somos como ratas.
- Deben estar buscando comida.
- Sí, es lo más probable. Se ha roto todo el sistema de producción, y nadie trabaja en el campo, tampoco en las factorías, ni salen los barcos de pesca. Todos quieren gozar, antes de desaparecer, sin tener en cuenta los años y años de vida que les quedan por delante. Es una locura colectiva. La ausencia de hijos les hace creer que la vida sólo vale la pena consumirla rápidamente, con el máximo placer de los sentidos. Es absurdo porque ahora esos placeres que ansían les cuestan más caros y son más difíciles de conseguir que si no hubieran destrozado el sistema de trabajo y producción. Trabajo es igual a comida, a bienestar, a placer regular, a tranquilidad. En cambio, ahora, ¿qué tienen? Son peor que bestias sin orden, con el crimen y el canibalismo en las calles.

Keel Soul parecía conocer bien la ciudad. Se salió de la vía principal que la cruzaba de sudeste a noroeste y se introdujo por otro vial amplio, deteniéndose frente a un muro de piedra con enrejado agresivo encima. Tras aquellos muros había una gran mansión, casi un palacio, de tres plantas.Detuvo el «cart» frente a la verja de entrada, que estaba caída, destrozada posiblemente por las embestidas de muchedumbres que habían intentado asaltar aquella casa para obtener alimentos, tras haberse corrido la voz de que allí había comida almacenada.

- ¡Quieto!—ordenó una voz, a través de un megáfono.

La orden había llegado con una claridad perfecta.Keel Soul no había tratado de cruzar el hueco de la puerta disimuladamente, ya que llevaba encendido el potentísimo faro de su vehículo, que iluminaba la fachada del palacete.

- Soy Keel Soul, y vengo a ver a Lubock — explicó a través del sistema de megafonía que llevaba el «cart».

Hubo unos momentos de silencio. Soul era consciente de que, desde las ventanas y otros lugares estratégicos, les estarían

encañonando con armas apropiadas. Lubock debía haber convertido aquel lugar en una auténtica fortaleza, dentro de la cual se había protegido.

- Keel Soul, puedes pasar — manifestó la voz que les había detenido poco antes.

Keel Soul avanzó hacia el amplio porche del palacete.Prácticamente, metió el «cart» dentro del porche, rebasando los tres peldaños que accedían a él.

- Pase lo que pase, no te separes de mí, a menos que me veas muerto — le advirtió a Dy.
- De acuerdo.
- ¿Quieres llevar la pistola?
- Es que no sabría usarla.
- Está bien, pero si me* sucede algo, no dudes en coger mi pistola y defenderte con ella. Yo cogeré el sub- fusil.
- ¿No es tu amigo, ese Lubock?

Salieron del vehículo. Soul lo cerró de un portazo; sabía que nadie podría abrirlo, si él no aplicaba su mano contra la portezuela. Su mano, únicamente la suya, por sus líneas epidérmicas, daría la orden al pequeño computador que abriría la puerta en forma automática.Dos hombres armados aparecieron en la entrada y, de inmediato, se fijaron en la bella Dy. Sus ojos se llenaron de lascivia, y la joven se sintió corno si la estuvieran desnudando.

- Tú, deja las armas en el «cart» — ordenó de malos modos uno de aquellos individuos, empujándole con su mano por el hombro.

Keel Soul, que sabía bien con la clase de sujetos que se las tenía que ver, no dudó en reaccionar con violencia calculada. Dio un planchazo con su bota en la rótula del que le había empujado y éste, con un aullido de dolor, se fue al suelo.Soul no dejó tiempo a que los otros reaccionaran y, mientras uno gritaba y caía, le aplicó un codazo en la base de la nariz, enviándolo contra la pared. Al tercero le colocó en el estómago el cañón cristalino del subfusil incinerante que llevaba.

- Basta de idioteces y condúcenos hasta Lubock.
- Sí, sí, claro.

Mientras los otros dos se recuperaban, el tercero condujo a Keel Soul y a Dy por el interior del palacete, hasta una amplia sala.Junto a una pared había una especie de triclinio, en el que estaba sentado un hombre rodeado de cuatro bellísimas mujeres. La sala estaba repleta de gasas, olía a perfume, y las luces eran de colores cambiantes. Aquello recordaba a una escena de cualquier grabado sobre las mil y una noches.Lubock

se fijó primero en Keel y luego en Dy, que caminaba a su lado.Frente al triclinio, a derecha e izquierda, había grandes bandejas-mesa al estilo oriental, todas ellas de oro macizo y repletas de alimentos, como si se pretendiera hacer ostentación de toda aquella comida, que faltaba a la inmensa mayoría de la humanidad, y por la que se llegaba a la necrofagia, al canibalismo y a la muerte.

- ¡Soul, mi amigo! ¿Cómo tú por aquí?
- Disculpa que no te haya llamado por teléfono, hace dos años que no funciona — ironizó Soul, acercándose, pero sin soltar su subfusil.

Cerca de las paredes y junto a las ventanas había más de media docena de hombres de Lubock, protegiendo con sus armas el palacete y al propio Lubock, que les daba de comer y también les proporcionaba mujeres y drogas.

- Podías haber enviado un mensaje radical con intermitencia. Tengo a uno de mis hombres controlando las posibles emisiones de radio en toda la gama de ondas por si alguien manda mensajes. Es bueno enterarse de todo. Los más latosos son unos religiosos que se han reunido en un santuario no sé de dónde y que se pasan el día orando. Tienen conectada una emisora de gran potencia y se les puede oír a todas horas.
- Cada cual tiene derecho a esperar a su manera el fin de nuestra humanidad.
- Claro, claro que sí, pero ¿cómo esperarlo mejor que con esto?

Lubock abrazó a las dos mujeres que tenía más cerca y que, obviamente, eran sus esclavas. Eran muy hermosas y estaban bien alimentadas.

- ¿Queréis comer? Puedes hacerlo y tu esclava sexual, también. Vamos, vamos, comed.
- No es mi esclava — le corrigió Soul.
- ¿Ah, no?
- No, yo no tengo esclavas.
- ¡Claro, qué estupidez la mía! Tú eres un tipo joven, atlético, muy fuerte y arrogante; atraes a las mujeres. Estoy seguro de que si no sujetara bien a las chicas que tengo para mí y mis hombres, se irían tras de ti, como lo hacen las ciervas tras el macho dominante.
- No perdamos el tiempo en tonterías, sólo estoy de paso.

—- ¿De paso? Podrías quedarte aquí; un tipo como tú, a mi lado, me ayudaría mucho. La gente anda demasiado revuelta y mis hombres cada día tienen que hacer uso de las armas para mantenerlos a raya.

- Abre las puertas, deja que se lleven la comida que buscan y

no harán falta las armas de tus hombres.

- ¿Así de simple?

—¿Por qué no?

- Si se llevaran la comida y también a mis chicas, luego me matarían a mí y se comerían mi cadáver los que se hubieran quedado sin alimentos que llevarse a la boca. Los cuerpos que quedan en la calle, junto al muro o delante de la entrada, no duran demasiado, las ratas no tienen ni tiempo de acercarse a ellos. Hay bocas ansiosas esperando y que no tienen problemas en engullir sus carnes.
- Me parece repugnante.
- Y a mí también, pero a ellos no se lo parece tanto. Hablemos de ti, Soul, tengo planes. Podríamos formar una expedición para buscar algún otro almacén de alimentos oculto. Tendría que ser una expedición fuertemente armada, sin duda sería atacada.
- No me interesa.

—¿Por qué?

- No me interesa — repitió—, tengo otros planes.

Lubock achicó sus ojos, escrutándole.

- ¿Cuáles son tus planes?
- Seguir mi camino.
- ¿Y te has arriesgado a venir hasta aquí para decírmelo?
- He venido a pedirte alimentos.

Lubock parpadeó. Sus hombres no apartaban la vista de aquel visitante que no dejaba su arma en ningún momento, y que ya había golpeado a dos de ellos.Las chicas encerradas en aquel palacete, sin posibilidades de salir y que quizá tampoco tenían ya ningún interés en escapar porque fuera de aquellos muros también había peligro para ellas, tampoco le quitaban los ojos de encima,Keel Soul era un hombre muy distinto a Lubock. Las mujeres, en general, se sentían atraídas hacia él; era algo inconsciente e instintivo, algo que no se podía evitar.

- Conque alimentos, ¿eh?
- Sí. Tú los tienes y yo los necesito para proseguir

mi camino.

- Vivimos en un mundo duro, el más duro que jamás haya conocido nuestra civilización y no va a conocer otro peor porque todo se acabará con nosotros. No hay niños, no hay futuro.
- Lo sé.
- Si lo sabes, te darás cuenta de que en estas circunstancias hay que ser más duros.
- El hombre siempre ha sido igual: *Homo hómini-lupu.* — Y agregó, traduciendo la frase latina — : El hombre es un lobo

para el hombre.

- Perfecto, así nos entenderemos mejor.
- ¿Vas a darme los alimentos?
- Los que habitan esta ciudad como ratas también los piden, Keel, también los piden. Se comen las raíces de los árboles y creo que hasta la madera de los muebles que encuentran. Se devoran unos a otros y ya no hay ratas, gatos ni perros porque se los han comido. Las ciudades jamás habían estado tan limpias de ratas como ahora. Esos hombres, convertidos en ñeras en una jungla de asfalto, hormigón, acero y cristal, recorren los colectores, de cacería y las ratas chillan de pánico huyendo en todas direcciones. Lo pasan peor que cuando se las mataba con poderosos raticidas químicos y biológicos. Ahora se las busca en cada uno de sus agujeros, no se les da tregua porque su fin es el estómago del hombre, el peor enemigo de la rata, aunque durante milenios la rata haya vivido a la sombra del hombre, entre la mierda del hombre. Ella, que ha sido la causante de grandes epidemias, ahora desaparece, es un animal más a extinguir. Y no hablemos de perros y gatos; ellos, tan mimados siempre, hace años que desaparecieron.
- Lo sé.
- Si lo sabes, ¿qué vas a darme a cambio de los alimentos? No creerás que voy a dártelos así, simplemente, porque me los pidas.
- Tú tienes alimentos de sobras, Lubock.
- De sobras, no, van menguando y tengo que alimentar a mis hombres y a mis chicas; claro que yo soy muy comprensivo, y aceptaré el trueque. La desaparición del dinero es algo divertido, resulta difícil valorar lo que cada cual ofrece para cambiarlo por lo que desea obtener. Por ejemplo, puedo darte alimentos para ti si me entregas a la chica a cambio.

Dy sintió frío en su espalda. Por unos momentos, se vio a sí misma, como a aquellas desgraciadas esclavas que estaban al servicio de los deseos de Lubock y sus secuaces. Vivir para complacer el sexo de los hombres era lo mismo que convertirse en rameras a la fuerza.Dy miró a Soul interrogante; éste ni siquiera se volvió hacia ella y replicó:

- Ni hablar, ella me acompaña y no se vende ni se cambia.
- Es una lástima, tu chica es muy hermosa y me gusta. Tiene algo salvaje y algo refinado al mismo tiempo. Sus cabellos son de un color dorado muy hermoso y sus ojos,' tan grandes y de pupilas verde claro, me atraen. Sus pechos parecen firmes y duros. ¿Es virgen? — se rió. —Seguro que no... Satisfaces tus deseos gozando con ella, ¿verdad?

Soul se volvió a medias hacia la joven y rezongó:

- Fíjate en él, Dy. Antes de que se convirtiera en lo que es, era comisionado de seguridad de la Confederación. Gracias a su cargo, pudo hacerse con el almacén secreto de alimentos que existe bajo este palacete, un almacén para casos de catástrofe que él ha sabido agenciarse.
- Habla que sobrevivir, Soul, no soy peor que los demás; sólo que he tenido posibilidades de controlar un almacén y lo he hecho. Otros como yo se hallan en distintos lugares.
- ¿Tienes un mapa de los almacenes secretos?
- ¿Yo?
- No seas cerdo, Lubock, seguro que lo tienes. Es posible que algunos estén ocupados por tipos como tú; otros habrán sido vaciados por la turba hambrienta, pero algunos continuarán ocultos, esperando que alguien abra sus puertas.

Lubock frunció el ceño con cierta inquietud y miró de reojo a sus hombres. Ellos podían ser quienes, cuando se descuidara, lo sujetasen y lo torturaran para que les dijera dónde estaban los otros almacenes.En cualquier momento, aquellos hombres que le obedecían podían convertirse en sus peores enemigos, en sus verdugos más despiadados.

- Sólo conozco un almacén y no sé si ya está copado. Iré allí con mis hombres y nos apoderaremos de él; mis hombres y yo disfrutaremos de esos alimentos, pero tú, ¿qué puedes ofrecerme a cambio de los alimentos que pides?
- Nada.
- ¿Nada? —Se quedó un instante quieto, perplejo, y de pronto, estalló en una carcajada. —¿Y crees que te los voy a dar? Keel Soul, tú no has evolucionado en la nueva situación, te sigues creyendo un guardián de la seguridad de la Confederación. Si ya no hay Confederación, no hay más que supervivencia.

Soul, empuñando su subfusil incinerante, giró en círculo sobre sus talones, sin dejar de pulsar el botón de disparo.El rayo incinerante fue barriendo a los secuaces de Lubock que estaban en la sala. Los cortinajes quedaron cortados como con un cuchillo, sin inflamarse, mientras los hombres caían retorciéndose antes de morir.Lubock tragó saliva, atónito ante la súbita e inesperada reacción de Soul.Cuando el cañón apuntó a Lubock, Soul le dijo:

- Ya ves como sí me he dado cuenta de que las cosas han cambiado. Te has quedado sin unos cuantos de tus secuaces.
- ¡Tengo más! — chilló Lubock, reaccionando.
- Llámalos y será lo último que hagas.

Lubock miró a las mujeres que tenía junto a él. No

encontraría colaboración en ellas; pese a sus sonrisas, sabía que le odiaban por las humillaciones a que las sometía día tras día, al quedar convertidas en esclavas para satisfacer su lujuria y la de sus hombres.Miró a los muertos; Soul había actuado con una rapidez increíble, no les había dado ni tiempo para gritar.Los otros vigilantes del palacete ni se habrían dado cuenta de lo sucedido. Lo había dispuesto todo para defenderse de cualquier asalto que partiera del exterior, pero no desde el interior, como así había sucedido.

- Está bien — barbotó —te daré los alimentos; pero no es necesario que me apuntes con tu arma. Somos amigos, ¿no?
- No, y no dejaré de encañonarte hasta que tenga lo que he venido a buscar.
- Llamaré a mis hombres para que saquen los alimentos del almacén,
- No los llames, saldrás delante de mí. — Miró a las chicas y silabeó: — Vosotras, estaos quietas, no me obliguéis a ser cruel. Si he disparado contra los secuaces de Lubock es porque son asesinos, no es mi gusto disparar un arma.
- Eres duro como el diamante, Soul, debí prevenirme. He sido un ingenuo dejándote pasar.
- Te he sorprendido, pero no creas que tú me has sorprendido a mí. Sabía quién eras antes de que te quitaras la máscara convirtiéndote en lo que eres, Lubock: La encarnación del vicio y la injusticia.

Lubock se alejó de su triclinio. Dy lanzaba ansiosas ojeadas a las bandejas de oro repletas de comida y Keel, dándose cuenta de ello, le dijo:

- Coge lo que más te guste, pero sólo lo que puedas llevar en una mano. Dame algo a mí, también tengo hambre.

Dy escogió un cuarto de pato para ella y una pata de cabrito para Keel que la cogió con la zurda, mientras con la diestra seguía encañonando a Lubock con el subfusil incinerante.

- Muévete — le ordenó mientras daba un mordisco a la pata de cabrito. —Llama a dos de tus hombres desde la puerta y ordénales que llenen el maletero de mi «cart» con alimentos. Lo he dejado abierto, aunque las portezuelas estén cerradas.
- ¿Seguro que me matarías si...? —Le miró a los ojos y vio tal decisión en las pupilas de Keel Soul que suspiró, asintiendo. — Sí, ya veo que me matarías.

Llamó a dos de sus hombres a gritos y les dio la orden de llenar el «cart» con alimentos.

- Tardarán unos minutos. ,
- Esperaremos, así habrá tiempo de comer. — Miró a las cuatro

esclavas y pidió a una de ellas: — Pelirroja, tráeme una copa con bebida.

La chica se apresuró a llevarle una copa de oro, llena de denso vino.

- Aguanta un poco esta patita, Dy, aún no la he terminado.

Tras dejar el alimento, Soul cogió la copa que le entregaba la pelirroja. Lubock quiso aprovechar para escapar, pero Keel le clavó el cañón de su arma en el costado.

- Si das un paso, te convierto en carbón, —Volvió a beber hasta consumir la copa. — Gracias, preciosa. Si queréis abandonar el palacete, podéis hacerlo ahora — les dijo.

La pelirroja respondió:

- Si salimos afuera, primero nos violarán, no sabemos cuántos esta misma noche y quizá mañanas nos devoren.
- Sí, las cosas están mal. Me gustaría poder hacer más, pero no voy a quedarme aquí.

Dy comió ávida y rápidamente; hacía tiempo que no probaba un alimento semejante, podía calcularlo en años. En los últimos tiempos se había alimentado parcamente en el bosque y sólo gracias a su juventud y fortaleza, pese a su aspecto delicado, había podido resistir.

- ¡Lubock, ya está lleno!—dijeron sus hombres.
- Ya te puedes marchar y que te aproveche — masculló Lubock.
- Camina tú delante.

-¿Yo?

- No me creerás tan estúpido como para dejarte aquí, ¿eh? No llegaría a la puerta del muro.
- Déjame aquí, palabra que no os dispararán mientras os alejáis.
- No me fío de tu palabra, Lubock. Si lo hubiera hecho, posiblemente ahora estaría muerto y te habrías quedado con mi compañera.
- No era ésa mi intención.

—¡Avanza!Empujó a Lubock. Dy seguía comiendo su parte de muslo de pato, que encontraba muy sabroso. Llegaron al «cart» y los secuaces de Lubock les miraron extrañados.

- No pasa nada, no pasa nada —gruñó Lubock temiendo que Keel Soul hiciera otro barrido de rayos incinerantes y acabara con todos.
- Sube al «cart» —le ordenó Keel tras abrir la portezuela.

Lubock dudó, pero al fin subió. Keel Soul había bajado la guardia de su subfusil, pero ahora empuñaba la pistola, de modo que pudiera controlar a Lubock.Antes de poner en

marcha el vehículo, Keel buscó con la mirada un paquete que había llevado en el «cart» durante todo el tiempo, sin hacer mención de él. Ahora, la caja había desaparecido bajo el montón de víveres.Conectó el motor y se alejaron de aquel palacete con almacén subterráneo y todo él convertido en fortaleza.

- Ya has salido, ahora déjame —pidió Lubock que no se atrevía a atacar a Keel porque sabía que era más fuerte que él.

Keel Soul no le respondió. Circuló por la ciudad hasta detenerse en una amplia plaza, sólo iluminada por la luna.

- Ya puedes salir.
- ¡Estoy muy lejos! — se quejó Lubock.
- Sal o te echo a patadas.
- Es que los que vivan en la ciudad me atacarán...
- Tú has ayudado a que se conviertan en bestias. ¡Fuera!

Empujó a Lubock, dejándolo en la calle. Keel Soul puso de nuevo el vehículo en marcha.Lubock miró a un lado y a otro con miedo en sus ojos, un miedo que aumentó al ver que varias sombras comenzaban a rodearle, acercándosele. Los hombres de la ciudad, las ratas humanas, semejaron reconocer a Lubock, quizá porque estaba gordo y no flaco como ellos.

- ¡Keel, Keel, no me dejes aquí! — gritó, corriendo tras el «cart».
- ¿Qué le harán? — preguntó Dy.
- Lo que se merece, lástima que con su muerte no se va a solucionar nada. Posiblemente, alguien ocupe su puesto en el almacén de víveres, aunque quizá ahora no sean suficientes hombres para contener un nuevo asalto de los que habitan la ciudad. Nada podemos hacer, Dy, olvídalo; nosotros proseguimos camino.
- Gracias, Keel.
- ¿Gracias, por qué?
- Te hubiera sido más fácil entregarme a Lubock.
- Y ahora sería una bestia más. No, Dy, no. La humanidad está podrida, pero todavía somos unos cuantos los que vagamos por el planeta en busca de una solución.
- ¿Y qué solución podrías encontrar?
- La solución sólo está en que volvamos a tener la posibilidad de reproducirnos, de tener hijos.

Se alejaron de la ciudad por una autovía amplia y vacía.El potente faro del «cart» iluminaba una vasta extensión de horizonte por el que avanzaban sin tocar el suelo gracias al sistema de contragravitación.

- ¿Por qué no podemos tener hijos? — inquirió Dy.

- Nadie !o sabe.
- ¿Es culpa de las mujeres o de los hombres?
- No se sabe. Los médicos estudiaron mucho lo sucedido y se plantearon muchas hipótesis, pero nada concreto se averiguó. Los hombres tenemos espermatozoides suficientes, y las mujeres vuestros óvulos correspondientes, pero no se fecundan desde que sufrimos el ataque de los alienígenas a los que pudimos vencer.
- ¿Tienen la culpa esos alienígenas?
- Sin duda, ellos nos bombardearon con diversos productos. No sabemos más, pero en alguna parte estará la solución y alguien debe hallarla antes de que desaparezcamos por completo. Yo no puedo aceptar que esto sea el fin de nuestra especie, de nuestra civilización, por eso sigo buscando algo, todavía no sé el qué.

Dy se recostó en el asiento. Después de comer pato se sentía mejor, pero le había entrado sed y ella no había bebido como Keel.

- ¿Nos habrán puesto bebida? — preguntó.
- Llevo una cantimplora con agua; está en la bandeja de atrás, cógela.

Dy bebió y luego se relajó mientras ¡miraba a través del parabrisas. El «cart» seguía devorando millas y millas.

CAPITULO III

Llegaron a Salt Lake City cuando nacía un nuevo día, cuando el sol redondo y amarillento aún podía morirse antes de remontarse en el firmamento.

La ciudad aparecía totalmente vacía. La cruzaron por un vial elevado y a lo lejos divisaron el bellísimo templo mormón, de granito gris.

Siguieron viaje y veinte kilómetros más lejos, casi bordeando el lago Salado, se enfrentaron con una amplia cancela que parecía pertenecer a una granja.

Keel Soul elevó su vehículo, pasó por encima de la verja y prosiguió camino internándose en la supuesta granja.

Llegaron a las viviendas y establos y Soul sorteó varias edificaciones hasta colocarse delante de una de ellas.

Sacó del salpicadero un pequeño aparato similar a una mini-computadora manual y tecleó en ella una clave que conocía; luego, esperó.

Dy pudo oír un fuerte rumor y vio como la nave de madera que parecía un establo se levantaba por delante, separándose del suelo y utilizando como eje de apoyo la base de la fachada posterior. Quedó un gran hueco al descubierto.

- ¿Qué es eso?
- Un lugar secreto. No temas, no hay nada peligroso ahí.

  Keel hizo avanzar el «cart» y después descendió lentamente por una rampa. Cuando llegaron a una gran nave que había en el subsuelo, el falso establo volvió a bajar, ocultando la entrada.
- Está vacío.
- Sí, parece que no hay nadie — asintió Keel.

  La enorme nave estaba bien iluminada; poseía pila atómica propia y no le faltaba energía en absoluto.
- Hemos llegado, Dy.

  Abrió las portezuelas.Cuando la joven salió del vehículo, inquirió:
- ¿Qué es este sitio?
- Ven y lo verás mejor.

La llevó a una sala repleta de ordenadores. Entraron en una cabina y sentándose en una de las butacas frente a un micrófono, explicó:

- Este es el emisor secreto más importante que poseía la Confederación.
- ¿Un emisor secreto, y para qué servía?
- Se montó en razón a posibles ataques o catástrofes. Desde aquí se podían lanzar mensajes no sólo a toda la Tierra si no a todos los planetas de nuestro, sistema estelar. Hay una vastísima red de antenas secretas que hacen posible que se alcance una extraordinaria potencia y una onda determinada está conectada con unos sistemas automáticos de megafonía que funcionan en ciento diez ciudades de todo el mundo.
- No entiendo nada.
- Es fácil. Si tú y yo hablamos por aquí y conecto un circuito especial, nuestras voces se oirán claramente por encima de las ciento diez ciudades más importantes del orbe y todos los que se hallen en esas ciudades, nos escucharán.
- ¿Qué podrás decir?
- Quiero hacer una llamada y no sé lo que puede salir de ella.

Keel Soul comenzó a pulsar botones y se fueron encendiendo luces en un cuadro luminoso multicolor, correspondiendo a coordenadas del planeta Tierra. Al fin, frente a él se iluminó una larga franja verde.

- Listos. Voy a lanzar un mensaje que al mismo tiempo se grabará en cinta magnética y un ordenador hará que el mensaje se repita automáticamente cada dos horas, noche y día.
- ¿Noche y día, dices?
- Sí. Si alguien está durmiendo, no me importa; es posible que sirva para despertar alguna conciencia.
- ¿Crees que la humanidad tiene alguna posibilidad de salvación?
- Lo creo. — Abrió el micrófono y una cinta comenzó a girar. — Atención, os habla Keel Soul. Soy uno más de los seres que forman esta civilización terrícola y os quiero decir que me niego a aceptar la desaparición de nuestra especie. Sé perfectamente que no nacen nuevos niños y la falta de futuro nos aboca a vivir como bestias. Rebelaos, rebelaos contra el imperio de los sentidos. Si estoy equivocado- y vamos hacia la desaparición, hagámoslo con dignidad.

Hizo una pausa; estaba hablando con voz clara, penetrante, una voz que se hacía escuchar, fuerte, viril y amigable al mismo tiempo.

- Si alguien, sea quien sea, ve la posibilidad de tener un hijo,

aunque sólo sea uno, si alguien encuentra un dato que nos dé esperanzas de volver a procrear, que lo diga, que venga a Salt Lake City, que se acerque al templo de los mormones, le estoy esperando. Tú, seas quien seas, cualquier cosa que te parezca importante, ven y cuéntamela. Entre todos hemos de salvar a nuestra civilización que agoniza. Estaré esperando aunque el tiempo pase: Tengo fe en la supervivencia de nuestra especie y quiero que vosotros también la tengáis. Hasta ahora, hermanos. —Y cortó el mensaje.

Dy, emocionada, le miraba al rostro con sus bellísimos ojos glaucos.

- ¿Crees que responderá alguien?
- Sí, confío que alguien responderá.
- Pero, ¿qué es lo que pueden decir?
- No lo sé. Quizá alguna mujer joven como tú tenga la impresión de hallarse embarazada; esa sería la primera luz de la esperanza.
- Hace años que ninguna mujer concibe, aunque se acueste con un hombre.
- Es cierto, pero quizá alguna, quizá… — Quedó con sus ojos fijos en Dy, que no apartó su mirada de él.
- ¿Podría ser yo esa mujer?
- ¿Tú? ¿Cuándo fue la última vez que un hombre hundió su semilla en tu cuerpo?
- Nunca.
- ¿Eres virgen?
- Sí, aunque te parezca imposible. Murió mi madre y escapé de la ciudad, perseguida por dos hombres. Pasé un pánico atroz, pero me escondí y no me encontraron. Esperé a la noche y temblando de miedo, conseguí llegar a los bosques y en ellos he vivido. Creo que si no se hubieran comido todos los perros, con uno de ellos me habrían encontrado fácilmente. Una oquedad bajo una roca, pues ni cueva podía llamarse, me sirvió para pasar las noches y escapar de las lluvias.
- Quién sabe, quizá seas tú la elegida.

Ella se le acercó y besó la boca del hombre. No había ningún temor en su caricia.

- Si fuera yo, si fuera yo…—. Ahora sí temblaron los labios femeninos.
- ¿Qué?
- Me gustaría que fuese de ti.
- Te he liberado de unos hombres; ahora no puedo hacer lo mismo que ellos querían.
- No es igual, ellos eran distintos a ti. Tú no te has convertido

en una bestia, sigues siendo un hombre y aunque yo prefiera la muerte a convertirme en una esclava para la lujuria, tampoco deseo llegar virgen a la muerte.

- Es que así, en frío...
- Te conozco hace muy poco, Keel, muy poco, pero si amor es desear entregarse a quien se ama, te amo. Si es amor desear vivir y morir junto al que se ama, te amo.
- Dy, Dy, que no soy de piedra, aunque a veces me empeñe en parecerlo. Lo que sucede es que me niego a dejarme vencer por los sentidos como han hecho la mayoría. Me siento atraído por ti, no puedo negarlo, pero no quería que me tomaras por un degenerado más.

Dy le cogió el rostro entre sus manos y lo besó por encima de los ojos. Keel Soul acercó sus manos a la cintura' femenina y la estrechó. Notó la tibieza de su cuerpo espléndido y un suave pálpito, como si el corazón jugueteara, desplazándose de un lugar a otro del cuerpo.— Si he de morir pronto, dame felicidad antes, Keel. Me gustaría tanto convertirme en esa esperanza que buscas para toda la humanidad.El hombre sonrió. Estaba seguro de que la solución no estaba en ellos dos, pero la ilusión también valía mucho y no había degradación en aquel amor mutuo que acababa de nacer.Por ello, la cogió entre sus brazos y la levantó en el aire. Dy se dejó llevar; Keel parecía conocer bien aquel lugar y no tardaron en encontrar una habitación, una cama y la felicidad aunque sólo fuera durante unas horas, pues ninguno de los dos podía imaginar lo que estaba a punto de sucederles.

CAPITULO IV

Dy se sentía como transformada, como si todo el sentido de la vida hubiera cambiado para ella.

Había olvidado lo que era el miedo; no sabía cuál sería su futuro, pero junto a Keel Soul nada le importaba.

Keel había instalado una telecámara para mantener en observación el templo de los mormones, un lugar tan desierto como todo Salt Lake City.

Dy no sabía cómo funcionaban todos aquellos artilugios electrónicos que manipulaba Keel, pero le ayudaba en cuanto podía.

No les faltaban alimentos; la propia emisora secreta poseía unos amplios frigoríficos bien surtidos, por lo que no hubieron de preocuparse por los víveres.

Sin darse cuenta, Dy llegó a desear que la vida no cambiara para ella. Se hubiera sentido plenamente feliz de no haber visto la preocupación constante en el rostro de su compañero.

Para Keel, lo esencial era hallar una solución para el futuro de la humanidad, su propia felicidad quedaba en un segundo término; sin embargo, cuando se dirigía a Dy lo hacía cariñoso y sonriente, infundiéndole ánimos.

Dy, que había despertado en sí misma una extraordinaria sensibilidad, se daba cuenta de que él no sería feliz hasta que encontrara una solución para el futuro del planeta, una solución que estaba más en su deseo que en la realidad, y si Keel no era feliz del todo, ella tampoco podría serlo.

Dy y Keel abandonaban de vez en cuando aquella granja que escondía en su subsuelo todo el complejo emisor-receptor. Salían por la noche a estirar las piernas, a pasear, a contemplar las estrellas, a sentarse sobre la hierba y a sentir nostalgia por la ausencia de los animales. No se podía oír un ladrido ni un aullido de lobo, tampoco el maullido de un gato. Los animales desaparecían, incluso antes que el hombre.

- ¿Quieres que nos acerquemos al lago? — propuso Keel.

- De acuerdo, te has pasado el día trabajando.

Juntaron sus manos y *se* dirigían al lago cuando...

- Mira, Keel, ¿qué es eso?

El hombre alzó su mirada hacia un cielo plagado de estrellas y descubrió lo que Dy ya había visto.

- Parece una nave.
- Creí que quedaban muy pocas.

Keel Soul sabía que apenas quedaban naves en vuelo. Dos años atrás había habido una especie de fiebre contagiosa por apoderarse de naves y viajar con ellas de un lado a otro del planeta. Comenzaron los accidentes y el cielo fue un caos. La mayoría de los pilotos no sabían manejar naves que fueron colisionando y cayendo. En poco tiempo, las naves dejaron de verse en el cielo; sin embargo, siempre era posible que apareciera alguna nave.

- Viene hacia nosotros, ¿verdad, Keel?
- No la veo bien, pero con ese foco que lleva parece una nave perteneciente a otro planeta.
- ¿Alienígenas?
- ¡Corramos a refugiarnos!

Sin soltar la mano de Dy, ambos corrieron de retorno a la granja.La nave había descendido y se desplazaba por encima del lago a una altura de cien metros, quizá doscientos. Avanzaba hacia ellos y parecía imposible siendo de noche y hallándose a tanta distancia, máxime teniendo en cuenta que la nave procedía del espacio aéreo, por encima del lago; pero, sin lugar a dudas, iba hacia ellos y era grande, terriblemente grande.

○ ¡Son alienígenas, Dy, alienígenas!

Keel Soul manipuló en el micro-tele-control que llevaba consigo y se levantó el falso establo, apareciendo la rampa que conducía al sótano donde se hallaban las instalaciones secretas del macro-emisor.La gigantesca nave se detuvo frente al establo cuando éste comenzaba a descender, ocultando la rampa, mientras Keel y Dy corrían cogidos de la mano hacia el interior para escapar a un posible ataque.La nave descompuso el anillo que la circundaba, transformándolo en largos tentáculos que se movían como los de un pulpo; no parecían tener articulaciones metálicas.La nave se sostuvo en el aire, apoyándose en seis de sus patas tentaculares, mientras utilizaba dos para agarrar el establo antes de que se cerrara del todo, levantándolo de nuevo.Los sistemas electromecánicos no pudieron evitar que la nave extraña levantara el establo y en la sala de motores comenzaron a producirse chispazos. Salió humo, olió a quemado y se dispararon los automáticos de desconexión por

averías múltiples al tiempo que en todas las instalaciones subterráneas comenzaban a centellear las luces rojas de alarma.Los dos tentáculos, demostrando poseer una gran fuerza, mantuvieron el establo en alto.El gran ojo luminoso que la nave poseía en su panza enfocó hacia 1a rampa, llenándolo todo de una luz vivísima que cegaba.'

○ Keel, ¿qué vamos a hacer?

El hombre, achicando los ojos, pues casi no podía ver por la intensidad de luz, ya que sus pupilas se habían acostumbrado a la noche, buscó a sus enemigos al tiempo que empuñaba su pistola.No había tiempo para correr hacia el «cart» y tomar el subfusil incinerante que tenía más poder que la pequeña pistola.

- ¡Mira, Keel!

Un extraño ser quedó a contraluz. No se le podía ver bien, pero sin duda alguna era de elevada estatura; pasaría de los dos metros y medio y era muy delgado.Arrastraba tras de sí una capa y al acercarse más, pudieron ver que era de un color granate oscuro y brillante.

- Parece que no lleva armas, quizá venga en son de paz.

Efectivamente, el extraño personaje que descendía por la iluminada rampa no tenía aspecto agresivo.Keel rodeó a Dy con su brazo izquierdo por la cintura para infundirle confianza y esperaron a que aquel alienígena se les acercara.El extraño personaje que llegaba en la sorprendente nave que se sostenía sobre patas tentaculares que podía utilizar para otros usos, como ya había quedado demostrado, se acercó más y pudieron verlo bien.Su vista no les había engañado; aquel ser era muy alto, rebasaba a Keel en más de medio metro. Pese a la capa, se veía muy delgado. Su rostro era alargado y la piel semejaba pegada a los huesos.Por nariz tenía un orificio triangular y los ojos eran muy abultados, casi saltones, con los rabillos alargados y oblicuos hacia las sienes. El color de las pupilas era cambiante, de amarillento pasaba a verdoso y de verdoso a azulado. Era como si tuviera lámparas de colores detrás.

- Mi nombre es Quox y vengo en son de paz.

Al comprobar que aquel ser no iba armado y aún pensando que si tenía que enfrentársele con las manos sería muy problemático debido a su elevada estatura, Keel bajó el cañón del arma. Lentamente, la introdujo en la funda que colgaba de su cinturón y después levantó su diestra, mostrando la palma.

- Nosotros somos terrícolas y te recibimos en paz.
- Sé quiénes sois. Os estamos observando desde hace milenios.

Dy y Keel quedaron perplejos ante aquella declaración. Fue Keel quien preguntó:

- ¿Habéis sido vosotros los que a lo largo de milenios habéis estado haciendo acto de presencia en el planeta Tierra?
- No hemos sido los únicos. Habéis sido visitados por cosmonautas de distintos y lejanos mundos. Sin embargo, todos teníamos el pacto intergaláctico de no intervenir en vuestra evolución. Cuando traspaséis la barrera de vuestro sistema solar con vuestras propias naves, se os invitará a pertenecer como miembros de derecho y también de deberes al parlamento intergaláctico. Mientras, os dejamos a vuestra propia evolución. Debéis ser vosotros mismos, sin ayuda de otras civilizaciones del cosmos, los que alcancéis la capacidad de trasladaros de un sistema estelar a otro.
- Y si no podéis ayudarnos, ¿por qué has venido?
- He captado tu llamada, Keel Soul, he oído tu grito de angustia — dijo con su voz grave y muy lenta, alargando las sílabas, especialmente en las terminaciones de las palabras.
- Nuestra civilización terrícola está agonizando — manifestó Dy.
- Es cierto, no tenemos hijos y no hay futuro para nosotros.
- He captado la llamada cuando me hallaba a tres millones de kilómetros de vuestro planeta. Ignoro lo que os ha ocurrido y no me hubiera presentado ante vosotros como lo estoy haciendo de no pensar que debo ayudaros a evitar que vuestra especie desaparezca,
- ¿No sabes nada de lo que nos ha sucedido? — preguntó Keel.
- No. Creía que ibais evolucionando con vuestros sudores y problemas. Habéis llegado ya a las lunas de Júpiter; os faltan menos de dos siglos de evolución para traspasar el confín de vuestro sistema solar con posibilidades de explorar personalmente otros mundos que existen, mundos del que yo provengo. No soy el único que ha venido a visitaros.
- Las especies animales también están desapareciendo— explicó Keel.
- Nosotros desapareceremos como los animales.
- Mi compañera tiene razón — corroboró Keel Soul — desapareceremos por falta de descendientes.
- ¿Es la esterilidad vuestro problema?
- Sí.
- ¿Y a qué se debe, alguna prueba científica que se os ha escapado de control?
- Ha sido una intrusión extraterrestre.
- No es posible — replicó Quox ante la acusación de Keel Soul.
- Sí es posible, seguidme.

Keel echó a andar hacia su «cart». Dy no quiso retrasarse, y

avanzó a su altura. El extraño ser que decía llamarse Quox les siguió, sin precipitarse. Sus extraños ojos, de colorido cambiante, lo observaban todo con atención.Keel abrió su «cart». En él todavía quedaban víveres, pese a que ya habían descargado las dos terceras partes de Io que les habían dado los hombres de Lubock. Separó los alimentos, sacó una caja y la abrió. Dy retrocedió un paso, sorprendida al ver lo que contenía.

- ¿Conoces esto, Quox?

Dentro de la caja había una especie de cápsula de aluminio extraduro y cristal. Aquel cartucho, que no tendría más de cincuenta o sesenta centímetros de largo, contenía un ser pequeño, de aspecto humanoide. Su piel era negruzca y su cara redondeada, de mandíbulas prominentes, sin llegar a ser un rinocéfalo.Sus colmillos quedaban a la vista, y eran largos y puntiagudos como los de un gato, unos colmillos muy afilados, que no parecían caber en el interior de la boca y, al verse exteriormente, semejaban coser los labiosAquel ser tenía manos pequeñas y dedos armados con uñas duras y curvas como las de un ave de presa. Su cuerpo negruzco y velludo vestía una especie de uniforme de color verde-azulado.

- ¿Cómo tienes esto en tu poder, terrícola? — preguntó Quox, que en sí mismo ya era un gigante para los terrícolas, pero muchísimo más debía serlo para aquel pequeño individuo, encerrado en el cartucho que lo preservaba del mundo exterior.
- El es el culpable de que nosotros, los terrícolas, no podamos tener hijos para que sigamos reproduciéndonos y evolucionar. El tiene la culpa de que nuestra especie se haya degradado y nadie trabaje, que nos hayamos comido a todos los animales domésticos, y ya en muchos lugares de este planeta se estén devorando unos terrícolas a otros.
- Lo que dices es muy grave, terrícola.
- ¿Grave? Pues claro que es grave, tan grave que va a terminar con nuestra especie.
- Ese ser es un twong.
- ¿Un twong?
- Sí, proceden del planeta del mismo nombre, que se halla en el Sistema de los Cuatro Soles.
- Nada sabemos de ellos, sólo que nos atacaron. Nuestra milicia aeroespacial les replicó, y derribó a tres de sus naves, pero ellos lograron arrojarnos algo, que ignoramos qué es. Después, la nave nodriza que había llevado a las tres naves en su interior, desapareció.
- No sabía que hubierais sido víctimas de un ataque de los

twong.

- Pues así fue. Capturamos a este ser vivo, pero se quedó rígido, su corazón dejó de palpitar y su cerebro de funcionar.

El extraño Quox acercó sus ojos; de color cambiante, al cristal de la cápsula, y escrutó el rostro de aquel pequeño ser, pero de aspecto muy agresivo.

- ¿Está vivo o muerto? — preguntó.
- Supongo que muerto — replicó Keel—. Lo criogenicé en esta cápsula, que poseía una mini-pila de auto-abastecimiento.
- Los twong son seres muy inteligentes, pero también muy agresivos. Han tenido varias conminatorias en el parlamento intergaláctico, y han estado a punto de ser expulsados.
- Querían exterminarnos — puntualizó Dy.
- Sí, eso parece, pero alguna solución habrá.
- ¿Cuál? — se apresuró a preguntar Keel.
- Si ellos han inventado el producto que os ha esterilizado, no dudéis que ya tendrán en su poder el antídoto para ese mismo producto — explicó Quox, con su voz cavernosa, que alargaba las sílabas, especialmente en los finales de palabras.
- Tienen que reparar lo que han hecho.
- Eso se puede intentar, claro que las posibilidades de éxito son muy escasas, terrícola.
- ¿Por qué?

A la pregunta de Keel, Quox replicó:

- Sería tanto como admitir que ellos os han atacado, que han tratado de invadir vuestro planeta, y eso sería una falta muy grave, tanto que podrían ser expulsados del parlamento intergaláctico.
- ¿Y ese castigo qué les supondría? — quiso saber Keel.
- La prohibición de viajar por los espacios interestelares.
- ¿Y acatarían los twong esa orden del parlamento intergaláctico de qué nos estás hablando? — preguntó Keel.
- Cualquier nave twong que se descubriera fuera de los límites de su sistema solar, sería desintegrada y se les haría un bloqueo. Ellos saben que se exponen a quedar confinados dentro de su planeta.
- Pero tienen que admitir que nos atacaron, aquí está la prueba.

Dy señaló al pequeño twong metido en la cápsula de criogenización.

- Es muy difícil que lo admitan, pero se puede intentar.
- ¿Cómo? — interrogó Keel.
- Yo no puedo ir a su planeta y acusarlos, pero sí os puedo ayudar a vosotros, llevándoos hasta allí, y será vuestro

problema convencerlos para que os proporcionen el antídoto que os devuelva la capacidad procreadora.

- Si tú me llevas al planeta Twong, yo haré lo posible y lo imposible para que me entreguen el antídoto.
- He de prevenirte de que los twong son muy peligrosos y muy poco amigos de hacer concesiones, y mucho menos de aceptar culpas.
- Lo intentaré, al precio que sea. Por encima de mi vida, está la salvación de la civilización terrícola.
- Te comprendo. A través de mis ultravisores, he visto que vuestras ciudades están destruidas, no hay vida organizada en ellas. Tu llamada me. ha hecho venir hasta aquí para ayudarte. Si el problema que sufrís, y que os está exterminando, hubiera sido provocado por vosotros mismos, no intervendría. Otras civilizaciones avanzadas, nacidas en otros mundos, han llegado a desaparecer por sus propios errores, pero como en vuestro caso la culpa la tienen los twongs, mi intervención está justificada.
- Te agradecemos mucho la ayuda que nos ofreces, y la aceptamos.
- Terrícola Keel Soul — se encaró con él, dejando a Dy de lado — a cambio de mi ayuda, voy a pedirte algo.
- Es justo, puedes pedir.
- Quiero tu palabra de honor terrícola de que, si consigues salvar a tu pueblo, me darás lo que te pida.
- Antes de dar mi palabra de honor, necesito saber de qué se trata.
- No, te lo diré cuando llegue el momento, si es que logras convencer al pueblo twong para que te dé lo que pides: el antídoto contra la esterilidad.
- No puedo prometer lo que desconozco.
- Si no prometes que me darás lo que te pida cuando hayas solucionado vuestro problema, y no seáis ya definitivamente una civilización a desaparecer, si no me das tu palabra de honor, me marcharé y os dejaré solos para que resolváis vuestros problemas.

Keel Soul comprendió el dilema ante el que se encontraba; tenía que decidir.Miró a Dy, y ésta mantuvo su mirada.

- ¿Qué hago, Dy?
- Lo que te dicte tu conciencia, la tienes muy recta.
- De acuerdo, Quox, te daré lo que me pides, palabra de honor terrícola; pero sólo cuando mi pueblo salga de la agonía en que se halla.
- Entonces, vamos, mi nave está afuera. No os permitiré lanzar

ninguna llamada; nadie ha de saber que voy a llevaros al planeta Twong, que se halla en el sistema de los Cuatro Soles.

- No avisaremos a nadie, aquí ya no tenemos Gobierno Confederal.
- Ah, terrícolas, se me olvidaba...

Keel y Dy le miraron, interrogantes.

- ¿Qué se te ha olvidado decirnos?
- Que ese ser encerrado en la cápsula es un príncipe de los twong.

Los dos terrícolas se quedaron dubitativos, mirando el cilindro de criogenización. ¿Qué sería, mejor o peor que aquel individuo fuera un príncipe de los twong?

CAPITULO V

La nave del alienígena Quox enroscó sus patas tentaculares, formando un anillo, y despegó, llevándose consigo a los terrícolas y a la cápsula conteniendo al twong.

Dy y Keel pudieron comprobar que Quox viajaba solo, y no parecía necesitar de nadie más.

En el interior de su nave no se veían computadores, mandos ni controles; las paredes estaban completamente limpias y brillantes.

En la amplia estancia que ocupaba la mayor parte de la nave, había una mesa redonda y, sobre ella, una esfera se hallaba suspendida en el aire, sin estar cogida a parte alguna. En su interior podían ver el firmamento, con sus estrellas y planetas.

Los ojos de Quox estaban fijos en aquella esfera, que era difícil determinar si era de cristal o un agujero en el espacio, y sus ojos habían adquirido un color púrpura intenso.

Se había quedado como en trance, y la pareja terrícola no se dio cuenta de si se movían o no; no sintieron ninguna vibración, ni siquiera la aceleración progresiva.

Todo aquello era nuevo para ellos, que procedían de una civilización tecnológica que había dejado de lado los poderes mentales del ser humano para basarlo todo en la tecnología electrónica. Al fin, Quox semejó despertar, y sus ojos volvieron a ser amarillo-verdosos; era difícil observarlo, pero podía llegar a decirse que sonreía.

- Ya estamos en viaje hacia Twong.
- ¿Vamos a salir de la atmósfera terrestre? — preguntó Keel Soul, deseando prepararse para la aceleración.
- El planeta Tierra ya está, muy lejos de nosotros — respondió Quox.
- ¿Quiere decir que ya hemos dejado atrás la gravedad terrestre?
- El planeta Tierra queda ya a millones de kilómetros de nosotros. Estamos rebasando la órbita de Plutón, y no tardaremos en abandonar vuestro sistema solar.

Keel y Dy no podían dar crédito a lo que Quox decía. No

habían soñado jamás que se pudiera viajar, a semejantes velocidades, por el universo.

- Pero, ¿cómo es posible? ¡La nave no se ha movido!
- Es una nave que todavía está muy lejos del alcance de vuestra comprensión, terrícolas — les dijo Quox, con su voz cavernosa, de sílabas arrastradas.
- ¿Y cómo la gobiernas?
- Con el pensamiento, no hacen falta más mandos que mis deseos mentales. La nave se mueve como si fueran mis pies, mis brazos o mis ojos. Sería inútil tratar de explicaros cómo funciona, no lo entenderíais, os faltan milenios de evolución. Vosotros estáis en la era de sub-velocidad luz, una era que nosotros hace milenios ya dejamos atrás. Sólo con estos poderes se alcanzan las velocidades necesarias para navegar por el universo, saltando de un sistema estelar a otro, incluso saliendo de una galaxia para entrar en otra, y aún nos falta mucho para llegar a los confines de las galaxias. El universo es todavía un misterio para nosotros.
- Los terrícolas hemos pensado que los viajes interestelares son tan largos que resultan inalcanzables para nosotros.
- Para vuestro estado actual, solamente; si conseguís sobrevivir, llegaréis a alcanzar el poder de las velocidades.

Keel Soul adquirió conciencia de la enorme diferencia que había entre los terrícolas y aquel ser llamado Quox.

- ¿Y cuánto tiempo tardaremos en llegar al planeta Twong?
- Si viajarais en una nave terrícola, no llegaríais vivos vosotros ni vuestros descendientes, en varias generaciones.
- ¿Y en tu nave? — insistió Keel.
- En mi nave, vuestra concepción del tiempo no es válida, es otra dimensión.
- Nos debes mirar como a animales inferiores, ¿verdad, Quox? — inquirió Keel Soul.
- No, no os miro como a animales, sino como a seres inteligentes, sólo que vuestra evolución es más tardía que la mía. Existen otros planetas, donde los seres inteligentes están aún en el neolítico, lo importante es poseer una inteligencia evolutiva. Eso sí, no tratéis de atacar a un ser más evolucionado que vosotros, os leemos el pensamiento y, antes de que pudierais poner en práctica lo que pensáis, lo sabría.
- ¿Los twong también leen el pensamiento? — preguntó Dy.
- Algunos, no todos. Las naves twong no están tan evolucionadas como la mía. Ellos no han llegado aún al manejo de sus naves con el pensamiento, por eso sus viajes interestelares son más lentos y trabajosos. Ellos no olvidan que

otras civilizaciones somos muchísimos más evolucionadas y rápidas para viajar por el espacio.

- ¿Y su capacidad bélica?
- Es fuerte, aunque algo rudimentaria para civilizaciones como la mía — opinó Quox.
- ¿Qué poderes de destrucción posees, Quox? — preguntó Keel, deseoso de conocer hasta dónde podía llegar Quox, si se lo proponía.
- No deseo hacer demostraciones.
- ¿Podrías destruir el planeta Tierra? — interrogó Dy.
- Sí.
- ¿Por qué no nos haces una demostración que no cause ningún daño?

Ante la insistencia de Keel Soul, Quox volvió a fijarse en la esfera que flotaba sobre la mesa circular, aquella esfera en la que se veía el universo.

- Fijaos en aquel punto amarillento.

Señaló un punto, y Dy y Keel se acercaron para verlo mejor.

- ¿Qué es?

A la pregunta de Keel, Quox aclaró:

- Un planetoide errante. Más o menos, tiene las dimensiones de vuestra Luna.

El planetoide se fue aproximando hacia el centro.Quox, como si fuera un mago del espacio, con su impresionante estatura, con su huesuda y apergaminada delgadez casi cadavérica, con el cambiante color de sus ojos, acercó a la esfera sus manos abiertas con los dedos separados, como si pretendiera cogería, pero sin llegar a tocarla.El planetoide errante fue desplazándose hacia el centro de la esfera y, al llegar al centro, se produjo una luz vivísima, que apenas duró dos segundos y luego desapareció.El planetoide errante, diminuto dentro de la esfera, pero grande en sus dimensiones reales, se había desintegrado.

- Ahora ya es polvo cósmico.

Keel ladeó su cabeza despacio para mirar mejor a Quox. El poder de aquel ser, comparado con el de los terrícolas, era inconmensurable. Podía transformar un planeta en polvo cósmico, con tanta facilidad que daba miedo sólo pensarlo.

- Me avergüenzo de haber tenido la debilidad de haceros esta demostración de poder — se lamentó Quox.
- Tu poder es inmenso.
- No lo creas, terrícola, no es tan inmenso como supones, aunque sí es muy superior al vuestro.
- ¿Poseen los twong ese mismo poder? — quiso saber Dy.

- No.
- Entonces, ¿podemos obligarles a que nos den el antídoto de la esterilidad? — preguntó Keel.
- Tampoco. Yo no voy a ejercer ningún tipo de presión sobre los twong, éste es un problema que deberéis resolver vosotros.
- Pero los twong han intentado invadirnos, apoderarse de nuestro planeta. Tú mismo has dicho que han infringido las leyes de la Confederación Intergaláctica, a la que tú y los twong pertenecéis.
- Sí, pero ese intento de invasión no ha sido consumado, no podemos ejercer ninguna acción de castigo sobre los twong.
- Sí han consumado su ataque — objetó Dy —. Ellos han esterilizado a la humanidad terrícola para que, por falta de descendencia, desaparezcamos. Luego, podrían tomar plena posesión de un planeta en el que no hubiera vida inteligente, ¿no es cierto?
- Mirado desde ese punto de vista, así es. Yo os estoy ayudando, y no debería haber intervenido, pero como tú, terrícola, has dado tu palabra de honor de que, si consigues salvar a tu pueblo, me darás lo que te pida, te ayudo.

Quox desapareció por una puerta, sin importarle que Keel y Dy se quedaran frente a la mesa circular sobre la que flotaba la esfera en la que se veía el universo en todas sus dimensiones.

- ¿Crees que nos va a ayudar de verdad, Keel?
- Ya nos está ayudando. No sé si es un sueño o realmente ya hemos abandonado el sistema solar al que pertenecemos, lo que terrícola alguno jamás había conseguido antes.
- Quizá alguno, años o siglos atrás, fue transportado a otros mundos, en una nave como ésta.
- Sí, es posible.

Keel aproximó sus manos a la esfera, haciendo lo mismo que viera a hacer a Quox, mas nada sucedió.

- Quox debe poseer unos fluidos magnéticos muy poderosos — opinó Dy.
- Sí, y todo está en función a esos fluidos, algo incomprensible para nosotros, que aún no hemos llegado a controlar la telepatía, salvo en el caso de algunos seres especialmente dotados, y mucho menos la telequinesia. Este Quox es capaz de atomizar planetas enteros, con solo desearlo. — Suspiró —. ¿Qué sucedería si por el universo viajaran seres con el poder de Quox, pero siendo malignos y destructores?
- No lo sé, Keel, pero Quox me da miedo.
- ¿Por qué? Nos está ayudando.
- Si tuviéramos la suerte de salvar a nuestra civilización, ¿qué

te obligará a que le des?

- No lo sé, pero si recuperamos nuestras posibilidades de descendencia, le daré lo que me pida.
- ¿Sea lo que fuere?
- Sí, incluso mi vida. Creo que, por encima de mi vida, está el futuro de mi especie.

Dy quiso protestar, pero se contuvo, comprendió que Keel tenía razón. Otros terrícolas no dirían lo mismo, evidentemente, mas Keel Soul no era un hombre cualquiera.El había estado recorriendo el planeta, sin degradarse, buscando ansiosamente una solución. Ni se había encerrado en una iglesia a llorar y a suplicar, ni se había dejado arrastrar por el imperio de los sentidos.Había tomado la decisión de consumir su vida en busca de una solución .para todos, olvidándose de sus propios egoísmos, de sus propios miedos, de sus sentidos, que podían proporcionarle placer, y no porque fuera un hombre que diera la espalda al placer. Dy lo sabía bien porque ella había gozado plenamente en sus brazos. Keel Soul sabía dar amor y obtenerlo para él.

- ¿Dónde estará nuestro planeta, en este cúmulo de estrellas que vemos en la esfera?
- No lo sé, Dy, jamás había visto el universo en una esfera como ésta.
- Y lo sorprendente es que a tu lado no tengo miedo, Keel, ya no soy la chica que huía por el bosque para evitar que la capturasen y la convirtieran en esclava; ahora estoy contigo.

Keel dejó de mirar la esfera, y clavó sus ojos en la muchacha.

- Yo también me siento más fuerte, a tu lado. El amor que sentimos y que nos damos mutuamente nos proporciona placer, pero me gustaría mucho que, además de placer, nos diera descendencia.
- Eso ya no es posible.

El acercó sus labios a los femeninos, y los besó con suavidad.

- Quizá algún día sí lo sea.

La atrajo hacia sí, estrechándola, y la besó con más fuerza.

- Keel, que puede venir Quox...

CAPITULO VI

¿Cuánto tiempo había durado su viaje? Era imposible saberlo. Quizá, valorándolo en tiempo terrestre, fueran unas pocas horas; sin embargo, se hallarían a muchos años-luz del planeta Tierra.

Quox, acercándose a ellos, les dijo:

- Hemos llegado al sistema de los Cuatro Soles, y estamos girando en torno al planeta de los twong, un planeta bello, pero que a los twong les parece pequeño,
  Quox se acercó a la esfera que flotaba sobre la mesa circular, y movió sus dedos abiertos por delante de ella. Como por arte de magia, en el interior de la esfera apareció la forma de un planeta azul.
- Tiene atmósfera.
  Ante la observación de Keel, Quox asintió:
- Así es. Tiene una atmósfera semejante a la vuestra, en el planeta Tierra. No tendréis dificultades para moveros en este planeta porque la gravedad es sólo algo mayor; no obstante, si hacéis esfuerzos, os cansaréis antes.
- ¿No nos ayudarás a enfrentarnos con los twong? — le preguntó Dy, clavando en el extraterrestre sus bellísimos ojos glaucos.
- Yo os esperaré para devolveros a vuestro planeta, si es que los twong no os exterminan.
- ¿Y si lo hacen? — preguntó Keel.
- Lo sabré.
- ¿Y qué harás?
  A la pregunta de la muchacha, Quox respondió simplemente:
- Nada, estáis en un planeta que no es vuestro. Se os puede considerar como intrusos invasores; vosotros sois quienes debéis de luchar por vuestra propia supervivencia.
- De acuerdo, Quox. De todos modos, te agradecemos que nos hayas traído al planeta de los twong.
- Tenéis de vuestro lado una baza importante, y es poseer el cuerpo del príncipe Were.
- Sabremos utilizarla.
- ¿Dónde nos dejarás? — inquirió Dy.
- Cerca de la gran ciudad de los twong, donde ellos tienen su palacio imperial; es una ciudad grande, y no os costará encontrarla.

- ¿Y cuando sea el momento de regresar, si es que lo conseguimos?
- Cuando llegue ese momento, si es que no os exterminan los twong, llámame por el emisor que tienes en tu «cart»; yo acudiré adonde estéis,
- De acuerdo. Te estamos agradecidos, Quox, aunque no consigamos lo que hace falta a los terrícolas para evitar nuestro exterminio. Nos has traído hasta aquí, y para nosotros es más de lo que podíamos desear; sólo gracias a tu ayuda ha sido posible un viaje tan largo, un viaje que para las naves terrícolas es sólo un sueño o una utopía.
- De eso no os quepa ninguna duda. Ahora, tengo que deciros que este planeta se ve iluminado por cuatro soles, que se hallan a distintas distancias. El planeta gira sólo alrededor de uno de ellos. La fuerza de sus radiaciones es muy intensa; durante el día hace mucho calor y las noches apenas duran tres horas. Encontraréis lagos en los que no deberéis bañaros porque sus aguas están tan calientes que vuestros cuerpos se cocerían, si cometierais la imprudencia de sumergiros en ellos, y os lo digo porque estoy enterado de vuestra afición a meteros en las aguas de los mares de vuestro planeta. También pongo en vuestro conocimiento que el guaico es el animal más temido por los twong, lo temen como a un dios demoníaco y, aunque los twong se vean apresados por un guaico, no hacen nada por atacarle.
- ¿Qué. es un guaico? — preguntó Dy.
- Es un ave grande, que carece de plumas. Podría decirse que tiene alas como vuestros vampiros, su cabeza es de rinocéfalo y sus garras tienen el poder del cóndor. En sus ataques vuela bajo, y es capaz de coger a un twong en cada una de sus garras, y llevárselos. Aunque haya otros twong cerca, nadie les hace nada porque les temen; es un miedo atávico, y su única defensa, cuando les ven, es esconderse.
- ¿Qué piensan que les puede ocurrir, si matan a uno de esos pajarracos?

A la pregunta de Dy, Quox respondió:

- Ellos creen que sobre su pueblo caerían todos los males. Se me olvidaba deciros que los guaicos no son tan simples como los animales terrícolas; poseen un grado de inteligencia muy superior al de vuestros perros o chimpancés. Los guaicos simbolizan el mal y, según los twong, cuando esos pájaros desaparezcan, será el fin de su civilización, algo así como vuestro apocalipsis.
- Lo tendremos en cuenta, Quox.

- Guardaros de los guaicos; esos pájaros tienen fuerza suficiente para apresar con sus garras a uno de vosotros, y llevárselo a su nido, donde sería devorado.
- No olvidaremos nada, Quox. ¿Cuándo descenderemos al planeta?
- Ya hemos descendido, mientras hablábamos.

Keel lo miró, incrédulo. Parecía imposible que se pudiera viajar en una nave espacial, y no percatarse del poder de las fuerzas gravitatorias. Era como comparar un aeroplano primitivo de los albores del siglo veinte terrícola con una nave espacial del siglo veintidós, aunque posiblemente había todavía más diferencia entre la nave de Quox y la más avanzada construida por la técnica terrícola.Quox les acompañó hasta el «cart». Antes de subir a él, Keel alargó su mano a Quox, y éste dijo:

- Comprendo, es vuestro saludo terrícola.

Alargó su mano larga y huesuda, y Keel tuvo la impresión de que estrechaba la mano de un cadáver, que por lo menos llevaba un año dentro de su ataúd.Subieron al cart, y éste se puso en marcha. Se abrió la compuerta y salieron al planeta Twong. Era de noche. Sobre el salpicadero, había un mapa, como fotografiado sobre una tela que parecía plástica.Keel detuvo su «cart», y miró por el retrovisor. Aún pudo ver, alejándose, la luz que la nave de Quox llevaba bajo su panza,

- Debería estar espantada, Keel —musitó Dy.
- ¿Por qué?
    - Nos hallamos en un planeta desconocido, y tan lejano de la Tierra que si quisiéramos escapar de aquí, sin la ayuda de Quox, jamás lo lograríamos.
    - Es cierto, ni siquiera conozco la ruta espacial para llegar a este planeta y, aunque la conociera, en una de nuestras naves jamás llegaríamos vivos a la Tierra. Como ha dicho Quox, estamos en la era de la sub-velocidad luz.
    - Superar la velocidad del sonido costó a nuestra civilización muchos milenios; rebasar la velocidad de la luz quizá nos cueste otros milenios, si es que no desaparecemos antes, por culpa de esos pequeños twong.

Keel Soul ya notó en el propio «cart» que necesitaba aplicar más energía al sistema de elevación contragravitatoria para levantarse del nivel del suelo y conseguir una altura similar a la que solía deslizarse cuando circulaba por el planeta Tierra.

- ¿Crees que nos descubrirán?
- No lo sé, Dy, este planeta es totalmente desconocido para mí. Según el plano, aquí existe una colina — señaló un punto—.

Creo que nos podemos posar en ese lugar, y esperaremos al amanecer.

- ¿Y luego?
- No lo sé. No podemos olvidar que los twong poseen una civilización superior a la nuestra.

A lo lejos divisaron una especie de vía, totalmente iluminado, por el que circulaban vehículos a altísimas velocidades. Eran vehículos pequeños, varios de ellos podían caber dentro del cart que Keel Soul pilotaba.

- Hemos de evitar que nos descubran.

Se fueron acercando a la gran metrópoli de los twong, y Keel evitó todo lugar habitado. Subió a una colina repleta de boscaje, que en realidad era un amplísimo parque, desde el que se dominaba la ciudad. Pudieron ver que había grandes instalaciones, que podían ser templos o palacios.

- Mira, la ciudad.
- ¡Es un ascua de luz! — exclamó Dy.

La ciudad poseía una especial belleza. Estaba bien ordenada en sus calles, había grandes parques, y los edificios no eran altos. Ningún vial aéreo la cruzaba; si los había, debían ser subterráneos para que no estropearan la belleza de la ciudad.

- Mira, en el centro de la ciudad, el suelo se eleva.
- Sí, y lo que hay allí parece un castillo-palacio, rodeado por un muro.
    - ¿Vivirá allí la familia imperial twong?
    - Es posible; no tardaremos en averiguarlo.
    - Todo es tan extraño, tan nuevo... Hace apenas unas horas estábamos en nuestro planeta, y desconocíamos la existencia de este planeta, donde viven los causantes de la agonía que sufre nuestra civilización.
    - Así suceden las cosas. El destino nos lleva y nos trae.
    - ¿Qué crees que harán los twong, cuando descubran nuestra presencia?
    - No lo sé, pronto lo sabremos; mira el horizonte.

Pudieron ver una línea clara, que iba diluyendo las tinieblas del cielo y devorando las estrellas. Al poco, casi simultáneamente, aparecieron dos soles distanciados entre sí.La ciudad comenzó a apagar sus luces artificiales, y la luz diurna le fue dando un aspecto distinto a los ojos terrícolas.

- Creo que ya podemos ponernos en marcha.
- ¿Hacia dónde?
- Hacia el centro de la ciudad. Nos dirigiremos al palacio imperial, ya me he fijado en cuáles son las avenidas que hay que tomar para no perdernos.

- Si nos ven, nos atacarán.
- Es un riesgo que hemos de correr. De nada serviría que nos ocultásemos todo el tiempo.
- Tienes razón, Keel, hay que hacerles frente y demostrarles que no les tenemos miedo. Si entráramos furtivamente, nos descubrirían igual, y luego nos perseguirían y acabarían matándonos.
- Ellos van a quedar también muy sorprendidos al vernos.

Cuando la gran metrópoli de los twong comenzaba a desperezarse, y dos de los cuatro soles se podían ver claramente en el cielo, Keel Soul puso en movimiento su «cart» y descendió por la colina. Pasó entre los árboles y al fin llegó a una amplia avenida.Varios vehículos de los twong les descubrieron, y detuvieron sus marchas, entre sorprendidos y asustados.

- Ya nos han visto, Keel — musitó la joven.

La noticia debió esparcirse por la metrópoli de forma casi instantánea, pues comenzaron a abrirse ventanas y a asomar las cabezas de aquellos pequeños seres, de afilados colmillos.Los terrícolas avanzaban con su «cart» A.H.C, majestuosamente por el centro de la amplísima avenida, cuando pudieron oír unos largos chillidos.

- ¿Qué será eso? — preguntó Dy.
- Quizá la policía o su ejército, no lo sé.

La amplia calzada estaba completamente despejada, pero pudieron ver vehículos de color rojo y amarillo, que tomaban posiciones ante ellos.

- ¿Estarán armados?
- Supongo que sí,
- ¿Y qué nos harán?
- No lo sé, pero estarán muy intrigados por saber cómo hemos llegado hasta aquí.

CAPITULO VII

Keel Soul detuvo su «cart» frente a la muralla de vehículos que les cortaban el paso, unos vehículos obviamente armados. Los twong que los servían iban todos uniformados; cabía suponer que eran la guardia imperial o algo parecido.

- Ya no podemos continuar.

  Keel abrió el sistema de megafonía exterior y comenzó a hablar por el micrófono incorporado en el salpicadero de su «cart».
- Saludos al pueblo twong.

  Habló despacio para que pudieran entender sus palabras. Si aquellos seres habían viajado hasta el planeta Tierra, obviamente habría alguien que pudiera entenderles.
- Somos terrícolas, que hemos venido en son de paz y amistad. Es nuestro deseo saludar al emperador y a toda su familia imperial.

  Durante unos minutos, hubo un completo silencio por respuesta. Después les llegó claramente una voz que también utilizaba un sistema de amplificadores.
- Bienvenidos a Twong, terrícolas. Apeaos de vuestra nave, dejad las armas y seréis llevados a presencia de nuestro emperador.

  Dy miró, interrogante, a Keel para saber qué actitud iba a tomar.
  - No podemos ser tratados como vulgares visitantes, somos embajadores de nuestro pueblo. Otros ya están en camino, y pronto podremos darnos todos un abrazo de fraternidad universal. — Keel Soul cerró el micrófono.
  - ¿Por qué les has dicho que vienen más, si no es cierto?
  - Ellos no lo saben, y antes de atacarnos se lo pensarán.

  Keel Soul elevó su «cart» lo suficiente para pasar por encima de la muralla de vehículos, y avanzó hacia ellos. Observó desconcierto y nerviosismo entre los pequeños y belicosos twong, que no sabían si disparar sus armas contra los intrusos o no.Posiblemente, el comandante de aquellas fuerzas ya debía haberse puesto en contacto con el palacio imperial, pidiendo órdenes.Pasaron por encima de la guardia imperial, y prosiguieron camino. Cuando Dy miró hacia atrás, comprobó que todos los vehículos les seguían, y en el cielo aparecieron distintos artefactos volantes, que controlaron la amplia avenida

y sobrevolaron el palacio imperial.

- ¿Nos atacarán?
- No creo, están desconcertados. Lo que menos podían esperar era la visita de unos terrícolas como nosotros.

Keel Soul avanzó por la amplia avenida que descendía hacia el palacio imperial que dominaba la ciudad. Se detuvieron frente a la gran puerta que cerraba la muralla que protegía el palacio.

- No se puede pasar — advirtió el oficial de la guardia, asomando por encima de la muralla.
- Qué raros son estos seres — opinó Dy.
- Sí, parecen mitad humanos y mitad gatos, aunque carezcan de cola.

Keel Soul abrió de nuevo su micro para hablarles a través del sistema megafónico que el «cart» llevaba incorporado.

- Abrid las puertas. Somos terrícolas que venimos en son de paz, a saludar al emperador de los twong.

No hubo respuesta inmediata. Tuvieron que aguardar unos minutos, que comenzaron a hacerse interminables, mientras fuerzas de la guardia imperial les rodeaban por todas partes, encañonándoles con sus armas.Al fin, la gigantesca puerta comenzó a izarse para franquearles el paso.Cuando la abertura fue suficiente, Keel hizo avanzar su «cart» y se internó en los jardines del palacio imperial, donde todo se veía muy cuidado.Había exóticas flores y árboles desconocidos para los terrícolas. Dos de ellos poseían unas hojas totalmente rojas y, al recibir la luz de los dos soles que ya se hallaban bien a la vista, semejaron arder.Keel condujo el «cart» hasta lo que supuso la entrada principal, y al fin lo detuvo frente a las escalinatas.

- ¿Y ahora qué hacemos? — preguntó Dy,
- Tenemos que dar la cara. Ya que hemos llegado hasta aquí, no podemos retroceder.
- Nos apresarán, quizá nos encierren en mazmorras o nos maten.
- Es una posibilidad, pero, suceda lo que suceda, muéstrate arrogante. Debemos darles la impresión de que somos superiores a ellos. Mientras nos teman, estaremos a salvo. Tú llevarás el subfusil, ahora ya sabes manejarlo.
- No podría dispararlo, aunque sea contra los twong.
- Si no puedes, no dispares contra ellos, dispara sobre una puerta o una pared. Si ven que se funde, huirán.

Keel Soul tomó el cartucho dentro del cual se hallaba encerrado y criogenizado el príncipe Were. Lo envolvió con un plástico para que no se viera lo que era, y salieron del «cart».La

guardia imperial, con sus armas a punto, les aguardaban ocupando todo el atrio.Pese a verlos tan pequeños, Dy tuvo miedo; había demasiados twong en tomo suyo, y sabía que la civilización de aquellos belicosos seres era muy superior a la terrícola.

- Tenéis que dejar cuanto lleváis, aquí, terrícola — le ordenó el oficial.
- No. Es un presente para vuestro emperador, y se lo entregaré personalmente.
- Si no dejáis aquí cuanto lleváis para que sea custodiado por la guardia imperial, no podréis seguir adelante — insistió.
- No queremos hacer ningún daño al emperador — dijo Keel, comprobando que podían entenderse bien. Aquellos seres conocían la lengua de los terrícolas, y la hablaban con notable fluidez, aunque sus voces resultaban muy chillonas.
- Es imposible, no pasaréis y, si no acatáis las órdenes, seréis destruidos.
- Decidle al emperador que le traemos un mensaje del príncipe Were.

Al escuchar aquellas palabras, el oficial quedó en suspenso. Rápidamente, desapareció por una pequeña entrada lateral que había en el atrio y, al poco, la puerta central que daba acceso al interior del palacio, se abría.Aquella puerta, que a los twong debía parecerles grandiosa, era justa para los terrícolas, que se introdujeron en un amplio vestíbulo, siempre vigilados por docenas de guardias armados, que no les perdían de vista.Se abrió otra puerta que parecía de oro macizo y pasaron al salón imperial. Al fondo del mismo, en alto, estaba el trono; había que subir unos peldaños para llegar, a él.Sentado en el trono había un twong y junto a él, a derecha e izquierda, había otros.Todos vestían con riqueza, a juzgar por su brillo y las joyas que llevaban engarzadas en sus armas e indumentarias, incluyendo unos cascos que protegían sus cabezas,Keel y Dy avanzaron hacia ellos. En voz baja, Keel dijo a su compañera:

- Inclina un poco la cabeza cuando lleguemos a presencia del emperador.
- A mí me parecen todos iguales.
- A mí también, pero supongo que entre ellos apreciarán las diferencias.

Continuaron avanzando hasta llegar a poca distancia del trono. Los twong miraban con mucho recelo a sus visitantes, no parecía hacerles ninguna gracia que los terrícolas fueran gigantes en estatura, comparados con ellos.

- Ya estáis ante mí, terrícolas — les dijo con su voz chillona,

quizá algo más grave que las otras que habían oído antes —. ¿Cuál es el mensaje de mi hijo, el príncipe imperial Were?

- Vuestro hijo, el príncipe imperial, viajó a través de los espacios hasta llegar al planeta Tierra, de donde nosotros procedemos..
- Lo sé. También tengo conocimiento de que el príncipe Were tuvo la desgracia de sufrir un accidente y su nave se desintegró.
- ¿El príncipe Were viajó al planeta Tierra, por orden de vuestra alteza imperial?
- Sí, yo envío las expediciones a otros planetas para que los observen y traigan noticias.
- ¿Buscáis acaso otro planeta para aposentaros?
- Hacéis demasiadas preguntas, terrícolas.
- Son preguntas importantes, alteza imperial.
- ¿Por qué importantes?
- Porque según la carta de la Confederación Intergaláctica, no podéis tomar posesión de ningún planeta donde exista vida inteligente, aunque esa vida sea primitiva, porque tienen derecho a su evolución, como especies inteligentes.
- Ningún extranjero tiene que especificar a un twong cuáles son los derechos y deberes de la carta magna de la Confederación Intergaláctica porque la conocemos perfectamente y, además, la cumpliremos en todos sus puntos. Lo que me extraña es que los terrícolas habléis de ella, si todavía no habéis llegado al grado de evolución que os permita ser miembros de dicha Confederación.
- Somos ya aspirantes, alteza imperial, y los aspirantes deben conocer todos los derechos y deberes de una carta magna a la que piensan adherirse.
- Pero todavía no lo estáis — insistió —. Sois seres inteligentes, sí, pero inferiores a los twong.
- Lo que no da derecho a los twong a invadir el planeta Tierra.
- Los twong no hemos intentado invadir el planeta Tierra. ¿Por qué habríamos de hacerlo?
- La Tierra tiene una gravedad más liviana que este planeta; tiene buena atmósfera, mares; hemos repoblado todos los bosques y resulta un lugar excelente para desarrollar la vida animal. Es posible que allí los twong aumentarán de estatura, en ulteriores generaciones.
- Antes de proseguir con esta audiencia que os he concedido, quiero saber cómo habéis logrado llegar hasta el planeta Twong.
- Opino, alteza imperial, que habéis subestimado en exceso a los terrícolas. Hemos alcanzado ya el poder de viajar a través de

las estrellas.

- ¿Cuántos habéis llegado?
- Alteza imperial, ahora el interrogatorio lo hacéis vos, y yo sólo quería hablaros del príncipe Were.

El emperador de los twong se removió en su trono, sintiéndose incómodo. No conseguía dominar la situación, pese a estar rodeado de los suyos y a que su guardia imperial podía desintegrar a los visitantes con sus armas, a una simple orden suya.

- Si no entiendo mal, estás tratando de acusar a los twong de una invasión a vuestro planeta Tierra, lo que de ningún modo es cierto.
- No hemos sufrido una invasión bélica en toda regla, es decir, naves atacantes, desembarco de tropas de ocupación, etcétera, pero sí hemos sufrido algo quizá peor. Los twong habéis querido hacer un genocidio contra el pueblo terrícola para apoderaros de nuestro planeta cuando todos hubiéramos desaparecido, un planeta que codiciáis porque es mejor que el vuestro.
- ¡Eso es falso, terrícola, y os puedo castigar por lo que acabas de decir!
- Si cualquier twong nos toca para dañarnos, vuestro pueblo será desintegrado inmediatamente — advirtió Keel, con tanta seguridad que dejó perpleja a Dy.
  - ¿Exterminarnos? ¿Con qué fuerza contáis para conseguirlo?
  - No seremos tan estúpidos como para descubrir nuestras fuerzas de disuasión; es mejor que hablemos de paz.

El emperador de los twong estaba ostensiblemente molesto. Sus sistemas de seguridad y detección habían fallado, al no prevenirle de que los terrícolas habían desembarcado en el planeta, algo increíble, cuando ellos consideraban que los terrícolas aún estaban en un período primitivo, en cuanto a tecnología se refería.No había tenido tiempo de consultar con sus consejeros, especialmente militares y diplomáticos, por si los terrícolas resultaban, en verdad, tan poderosos como pretendían serlo,

  - Si los terrícolas tenéis una acusación de que nosotros somos supuestos invasores de vuestro planeta, sólo tenéis que acudir al parlamento intergaláctico y pedir justicia.
  - Lo haremos, si no reparáis el daño que nos habéis causado con vuestro solapado intento de invasión.
  - ¿Y cuál es ese supuesto daño?
  - Creo que el príncipe Were será quien mejor lo

explique, alteza.

- ¿El príncipe Were?

Keel Soul avanzó hacia los peldaños, subiéndolos todos de un solo paso. De inmediato, la guardia imperial preparó sus armas, por si el terrícola intentaba atacar al emperador.Keel no les hizo caso, y dejó a los pies del pequeño emperador el cartucho de criogenización. El cristal permitía ver lo que había en su interior, y que el emperador identificó de inmediato, nada más darle una ojeada,

- ¡Es el príncipe Were!
- Así es, alteza imperial; vuestro hijo, el príncipe Were.
- ¿Está muerto?
- No, alteza; que yo sepa, no está muerto, sólo criogenizado.
- ¿Y ese cartucho de criogenización es fiable? —preguntó, señalándolo con claro recelo.
- Sí, creo que sí. Mi interés ha sido que el príncipe Were no muriera para devolverlo a su alteza imperial.
- ¿Y por qué lo habéis criogenizado?
- Estuvo a punto de morir, al resultar averiada su nave, después de un ataque que él y otros más nos hicieron.
- ¡El príncipe Were no es ningún invasor!
- Alteza, el príncipe Were y otros twong que le acompañaban dispersaron en la atmósfera de nuestro planeta un producto desconocido para nosotros, los terrícolas, y que nos impide tener descendencia.
- ¡No puedo creer semejante infundio! El príncipe Were fue hasta vuestro planeta en misión de observación, una labor que realizamos periódicamente para estudiar a las civilizaciones en evolución y que aún no pertenecen al parlamento de la Confederación Intergaláctica,
- Eso es lo que diríais en el parlamento, pero la verdad es que nos atacasteis, dispersando en nuestra atmósfera el producto que nos impide tener hijos. Y sin hijos, cuando muera el último de los terrícolas, por vejez, y me refiero a los que ya somos adultos, nuestra civilización habrá muerto totalmente y desaparecido. Según vuestros cálculos, el planeta Tierra quedará a merced de cualquier civilización extraterrestre que quiera ocuparlo y haciéndolo así, no transgredirá ninguna de las leyes de la carta magna de la Confederación Intergaláctica.
- La acusación de intento de liquidar la civilización terrícola es una calumnia que no estamos dispuestos a tolerar.

- Si no estáis dispuestos a tolerarlo, corregid el daño que ya nos habéis causado, y los terrícolas trataremos de olvidar el sufrimiento que venimos padeciendo desde hace ya algunos años.
- ¿Puedes probar que tu acusación es cierta, terrícola?
- Mi pueblo agoniza, por carecer de descendencia. Exigiremos una rápida intervención de enviados del parlamento de la Confederación.
- Eso lleva tiempo.
- La investigación ha comenzado ya.

El pequeño emperador twong cerró sus puños. Keel hubiera dicho que contenía su cólera al preguntar con voz silbante:

- ¿Nos habéis denunciado ya como genocidas del pueblo terrícola?
- Todavía no, porque hemos decidido daros la oportunidad de rectificar.
- Jamás he dado orden alguna de que se dañe a los terrícolas, ni a ninguna otra civilización inferior a la nuestra.

Keel se tragó aquella de que «eran inferiores» a los twong y, ofreciéndole una salida al emperador, a la que pudiera agarrarse al verles acorralado, sugirió:

- Quizá vuestro príncipe Were tomó una decisión nefasta por su cuenta; quizá fue idea suya la de hacer desaparecer de la faz del planeta a la civilización terrícola para ofreceros luego un planeta limpio y apto para tomar posesión de él, sin problemas con el resto de los seres que forman la Confederación Intergaláctica.
- El príncipe Were no pudo tomar por su cuenta una decisión tan importante.
- Quizá sí lo hizo. Cuando se reanime y vuestros médicos lo restablezcan por completo, podréis interrogarle, y entonces espero que, en un breve plazo, me será entregado el antídoto para que el pueblo terrícola deje de ser estéril y pueda volver a reproducirse.
- ¡Despierta a mi hijo!
- Tardará algún tiempo, alteza.

Keel Soul se inclinó sobre el cartucho, y oprimió dos botones. Movió una ruedecilla, y se encendieron tres luces rojas y una cuarta verde. Se encaró de nuevo con el emperador diciéndole:

- Cuando todas las luces sean verdes, el cristal se abrirá automáticamente, y el príncipe Were podrá salir de su encierro.
- ¿Y cuánto tiempo tardará? — inquirió, apremiante.
- Unas doce horas, alteza.
- ¡Es mucho tiempo!

- Es el tiempo necesario. La recuperación debe realizarse muy lentamente o el príncipe Were moriría.
- Está bien — resopló —. En principio, os doy las gracias por devolverme al príncipe; luego, ya habrá tiempo para que las acusaciones que hacéis a nuestro pueblo queden desmentidas. Pero, ¿y si no despierta?
- Despertará. Ahora, nosotros nos vamos, y volveremos cuando él esté despierto.

Sin tiempo para que el emperador les preguntara adonde pensaban dirigirse, Keel y Dy le dieron la espalda y abandonaron el salón del trono.

Cuando llegaron al atrio, pasaron al «cart» y montaron en él.

El comandante de la guardia imperial, al no recibir órdenes en contra de los dos terrícolas, les dejó salir del palacio.Él «cart» se deslizó por la amplia avenida donde se habían acumulado millares y millares de seres twong, que deseaban verles de cerca.

- ¿Adónde iremos? — preguntó Dy.
- Lejos de la ciudad, a algún lugar tranquilo, donde podamos probar.
- ¿Probar, el qué?

El desvió sus pupilas hacia la muchacha, mientras el vehículo avanzaba por la amplia avenida, en dirección a la colina.

- Pues a ver si los aires de este planeta nos son favorables.
- ¿Favorables para qué?
- Si el problema estuviera en el aire que respirábamos en el planeta Tierra, si hacemos el amor aquí, si nos unimos con verdaderos deseos e intensidad, quizá en tu vientre se consiga el milagro de la concepción.
- Keel, Keel, nada desearía tanto como que ocurriera lo que estás diciendo.
- Entonces, se trata de hallar un lugar agradable, donde nadie nos moleste.
- Sí, Keel, sí, pon el «cart» a toda marcha, que tengo prisa. Tú has despertado el fuego en mi cuerpo, y sólo tienes una forma para apagarlo, una forma que tú sabes muy bien cuál es.

El atom-hover-craft aumentó su velocidad, dejando la ciudad atrás.Los twong, sorprendidos, desconcertados, esperaban las decisiones de su emperador.

CAPITULO VIII

El «cart» quedaba oculto bajo las frondosas copas de los árboles de Twong, unos árboles que recordaban a los pinos mediterráneos terrícolas.

Las ramas de las copas se entrelazaban unas con otras, brindando una grata penumbra, pese a brillar ya en el cielo del planeta tres de sus cuatro soles, pues el cuarto estaba naciendo ya, y parecía ser el más grande, el que más energía les iba a enviar, quizá porque aquel cuarto sol era el más próximo al planeta Twong, y en torno al cual giraban.

Keel y Dy gozaban del placer de deslizarse y rodar sobre la tupida hierba, suave y fresca, dentro de una atmósfera de calor.

El mundo giraba en torno a los ojos de Dy, que se abrían y cerraban, y sus pupilas lo veían todo verde arriba y abajo, cuando no rosado oscuro, que era la piel de Keel Soul que la abrazaba, la oprimía, la absorbía, la hendía y que se fundía dentro de ella,

Cerca de ellos había una pequeña laguna, donde el agua de un arroyo se arremansaba. El centro de la misma recibía los rayos solares, pero estaba tan protegida por los árboles que no le ocurría como a otros lagos del planeta, donde el agua casi llegaba a hervir.

Dy, desmadejada, se hallaba tendida con la espalda pegada a la hierba y los ojos cerrados, encarada con las copas de los árboles, todavía con una sinfonía de cambiantes colores dentro de su mente, sorbiendo aún ansiosamente el aire que le faltaba, relajada y con la piel sensible al simple roce de la yema de un dedo.

Escuchó un ruido y abrió los párpados. Vio nadar a Keel en el remanso, braceando con fuerza. Sonrió. El cuerpo fuerte, nervudo y elástico del hombre la atraía sobremanera.

Desde que, junto al lago Salado, en el planeta Tierra, entregara su virginidad a Keel Soul, se sentía totalmente suya, y si bien en cada unión se sentía satisfecha, a las pocas horas deseaba volver a entregarse, a ser poseída; era como una sed insaciable, que no deseaba que se apagara jamás.

Se desperezó como gatita que acabara de despertar. Estiró sus

brazos y piernas, tan desnuda como el resto de su elástico cuerpo, y casi gateó hasta el agua.

- Vamos, adentro. Está algo caliente, pero muy buena— le dijo Keel.

  Dy acercó su rostro al agua, y lo inclinó hasta romper la línea llana de la superficie. Después, se deslizó y quedó flotando, sin deseos de bracear.Aquel remanso de agua y de paz, tenía la garantía de plena salubridad, pues el arroyo entraba en él, proporcionando un caudal permanente de agua limpia y oxigenada.Por otro lado, el sobrante proseguía su curso entre el bosque, regando las tierras y alimentando las raíces del espeso boscaje.- Keel se zambulló y pasó por debajo del cuerpo de Dy, acariciándola mientras ella flotaba en la posición del muerto.Con los ojos cerrados, la muchacha sonrió.Keel emergió unos metros más lejos y sacudió la cabeza, por sus, cabellos cobrizo metálicos se escurrió el agua. Cuando sus ojos pudieron ver bien, se percató del súbito e. inesperado peligro.
- ¡Zambúllete! — gritó Keel.

  Aquel animal grande, de alas extensas y oscuras, con pliegues similares a las de los vampiros terrestres, caía en picado hacia ellos, mientras la boca, armada de colmillos agudos, en una cabeza casi rinocéfala, lanzaba una mezcla de chillido y ladrido.Las terribles garras iban abiertas por delante, y Keel comprendió lo que iba a ocurrir.Dy, sobresaltada, abrió los ojos y pudo ver aquella masa negra de gran envergadura, casi, cuatro metros o quizá algunos centímetros más, que se abatía sobre ella, cayendo en picado y emitiendo aquel chillido-ladrido. Aterrorizada, lanzó también un alarido.Keel saltó junto a ella cuando ya la bestia estaba a punto de apresarla. Dio un fortísimo manotazo a las garras, que no acertaron a ensartarse en el cuerpo de Dy, aunque sí lo rozaron, causándole unos arañazos a la altura del abdomen por debajo de los hermosos pechos, culminados con atractivos pezones muy coloreados y erectos.La bestia, que por causa de Keel había fallado en su ataque, rugió, chilló o ladró con más fuerza, pues resultaba difícil definir sus sonidos. Sus alas barrieron el agua y semejaban fuertes palmetazos, casi como disparos de las primitivas armas de fuego terrícolas.Dy se había colocado casi vertical en el agua, asomando la cabeza. Vio como aquella fiera alada efectuaba un vuelo en círculo y se remontaba de nuevo, posiblemente para buscar una posición mejor y volver a atacar. Se había fijado en los dos terrícolas y no pensaba quedarse sin ellos como posible festín.

- Es un guaico como ya nos advirtió Quox — gruñó Keel.
- ¡Hay que salir del agua!
- Espera, espera...

Asustada, pues se hallaban casi en el centro de la laguna, pudo ver que en el cielo que quedaba libre por encima de las copas de los árboles volaban tres guaicos en círculo, lanzando sus gritos.

- ¡Se están comunicando entre ellos y nos atacarán de un momento a otro!
- ¿No tendremos tiempo de llegar al «cart»?
- Caen a una gran velocidad, y creo que no tendríamos tiempo. Si nos acercamos a la orilla, la profundidad es tan escasa que nos convertiríamos en blanco seguro de ellos porque no podríamos escapar, ya que son muy rápidos. Si no llego a descubrirlo a tiempo, ahora estarías volando, suspendida de las garras de una de esas bestias.
- ¡Descienden otra vez!

En aquella ocasión eran dos los que se lanzaban en picado, como halcones terrícolas. Para ellos, la presa era casi segura.

- ¡Zambúllete!

Dy no se hizo de rogar, giró sobre sí misma y desapareció bajo las aguas mientras Keel aguardaba desafiante con sus manos y la cabeza a flor de agua mientras una de aquellas bestias se desviaba porque Dy había desaparecido.

El guaico lanzó sus garras hacia Keel. Este se movió de lado al tiempo que atenazaba las patas del pajarraco justo por encima de las garras y antes de que éstas pudieran clavarse en su cuerpo.

Keel sabía que si el animal batía las alas con fuerza, podía elevarlo y llevárselo consigo al estar él cogido a sus patas; por ello, dio un fuerte tirón con sus brazos hacia abajo, sorprendiendo al guaico que dio con su cuerpo en el agua.De haber sucedido aquello mismo en tierra, la bestia habría podido rehacerse batiendo sus alas, pero el agua no parecía ser su elemento más idóneo.Cuando se mojó las alas y el cuerpo, el guaico cambió su grito; no era ya de triunfo, sino de rabia o miedo y se hizo más agudo y penetrante.Keel que seguía agarrándolo por las patas, volvió a hacer fuerza para tratar de hundirlo, cosa nada fácil.Las alas de la bestia batían espasmódicamente el agua y Keel era consciente de que otros guaicos carniceros sobrevolaban la laguna; ansiaba demostrarles que no era tan sencillo llevarse a un terrícola como así ocurría con los twong.Cuando Dy volvió a sacar la cabeza, casi se dio con una de las alas del animal que batía sus mandíbulas dando

dentelladas en el aire. Ya empapada, Keel le soltó las patas y logró cogerle la cabeza arriesgándose a ser mordido. Se la hundió en el agua.Las alas continuaron batiendo espasmódicamente hasta quedar quietas y la bestia alada flotó sobre el agua. Su cuerpo estaba caliente aún, pero ya había dejado de existir.

- Si tienen algo de inteligencia como dijo Quox, los otros se habrán dado cuenta de que somos peligrosos.

Dos guaicos más se lanzaron sobre ellos, pero lo mismo Keel que Dy se protegieron bajo el cuerpo del guaico ahogado por el terrícola que había sabido vencerle.Respirando fatigosamente, Dy vio volar a los guaicos en círculo sobre la laguna. Seguían lanzando los extraños y terroríficos gritos, mezcla de chillidos y ladridos que taladraban los tímpanos.

- ¡Han venido más, Keel!
- Esperemos aquí. Si son algo inteligentes nos temerán después de ver que uno de los suyos ha muerto.
- Me dan miedo, Keel.
- Aguanta. Iremos empujando al guaico muerto hacia la orilla para protegernos con su cuerpo. Si nos colocamos bajo sus alas no nos podrán apresar con sus garras al caer en picado sobre nosotros. Es su forma de ataque, como las águilas o halcones terrícolas.

Poco a poco, empujaron al guaico ahogado hacia la orilla y los otros pajarracos que les observaban comenzaron a chillar y a ladrar con más fuerza, como protestando. Se había organizado un gran revuelo entre aquellos monstruos alados que tenían un gran parecido con los vampiros de la América Latina terrícola, sólo que éstos eran mucho mayores y estaban mejor armados con dientes y garras.De pronto, bajaron dos en veloz caída.Dy los miró con espanto y se sumergió bajo el ala del guaico muerto. Se produjo como un gran viento y los dos guaicos hundieron sus garras al mismo tiempo, remontando el vuelo.Keel y Dy quedaron muy sorprendidos. Los guaicos habían conseguido lo que se proponían trabajando en equipo, lo que demostraba que sí tenían una cierta inteligencia.Elevaron en el aire el cuerpo del guaico muerto, arrancándolo de las aguas, y lo dejaron caer encima de las copas de los árboles para que los dos terrícolas que se habían protegido con el cadáver del animal quedaran a su merced.

- ¡Nos atacan! — gritó Dy con miedo, mirando a las bestias que volaban sobre ellos y que ahora parecían más satisfechas.

Keel, que había estado mirando hacia la orilla, le pareció que ésta aún quedaba demasiado lejos. Sólo que se pusieran en pie,

uno de los guaicos caería sobre ellos y lo mismo sucedería si se metían en aguas poco profundas.Mas había ido ocurriendo algo imprevisible para los terrícolas, pero completamente natural en aquel planeta que poseía grandes extensiones de agua y mucho calor debido a la radiación de los cuatro soles repartidos por el firmamento: El cielo se había llenado de nubes densas y negras y en pocos momentos se originó una fortísima tormenta.Los truenos cruzaron el cielo por encima de las copas de los árboles y los guaicos volaron raudos a protegerse.

- ¡Ahora, Dy, corre, corre! — le gritó Keel mientras le tendía una mano para ayudarla a salir de la laguna.

El viento se transformó en vendaval y el agua cayó en forma de chubasco, con tanta densidad que a un metro apenas podían ver. Todo fue tan súbito que casi les aturdió.Llegaron hasta sus ropas mientras la hierba se cubría de agua. Aquella podía ser una de las explicaciones de por qué todo era tan verde en aquel lugar. Casi tropezando con los troncos de los árboles llegaron al «cart». Keel lo abrió y se precipitaron en su interior chorreando agua.

- ○ No se ve nada — observó Dy.
- ○ Aquí dentro estamos seguros, mete la ropa en el secador.
- ○ ¿Dónde está ese secador?

Keel levantó uno de los asientos, introdujo la ropa y conectó un dispositivo. De inmediato brotó una fuerte corriente de aire caliente y seco que no sólo extraía el agua de la ropa si no que secaba todo el interior del vehículo, incluidos los cuerpos humanos.

- ¿No oyes un rumor?
- Sí, lo oigo. La lluvia es tan torrencial que provocará una avenida de aguas devastadora.

El «cart» A.H.C. comenzó a balancearse.

- ¿Qué haremos? Se nos van a llevar las aguas.
- Esto tiene fácil solución.

Keel Soul puso en marcha el «cart», y lo elevó del suelo, venciendo la fuerza de la gravedad del planeta Twong, superior a la de la Tierra,Avanzó hasta colocarse sobre el amplio remanso donde ahora convergían todas las avenidas que barrían el bosque en aquel diluvio inesperado, parecido a las tormentas tropicales del planeta Tierra.Aguantaron elevados por encima de las aguas aquel chubasco que duró casi una hora. Después, las nubes desaparecieron y el cielo quedó limpio, como si nada hubiese ocurrido.Columnas de vapor se elevaban del bosque debido al intenso calor que hacía y que la tormenta no había

logrado enfriar, ya que la lluvia también era caliente.El nivel del remanso que parecía una laguna había subido; sin embargo el bosque, aparte de que chorreaba agua de todas sus hojas y ramas y subían las columnas de vapor, no había cambiado nada.En el cielo aparecieron de nuevo los guaicos carniceros que volaron veloces en tomo al «cart», mas nada pudieron hacer en su contra. Habían perdido ya a sus posibles presas.Keel Soul circuló por encima del agua y después se internó en el bosque.

CAPITULO IX

- ¿Nos estará vigilando Quox?

  Keel conducía el «cart» viajando por el planeta Twong para ver sus paisajes, sorprendentes a los ojos de los terrícolas a causa de sus cuatro soles, ya que las amanecidas y crepúsculos se sucedían y cambiaban los colores en el firmamento.
- Parece que Quox procede de una civilización mucho más avanzada que la que poseen los twong.
- Sí; los twong están más adelantados que nosotros, pero no nos llevan tanta ventaja. En cambio, Quox es otra cosa, vale más tenerle como amigo que como enemigo.
- Sin embargo, quienes nos han perjudicado, quienes están a punto de acabar con toda la civilización terrícola, son los twong.
- Esos seres pequeñajos y belicosos estarán ahora con todos sus dispositivos y sistemas de detección en marcha, tratando de averiguar si hemos venido solos o detrás nuestro hay una escuadra de naves espaciales, a punto de invadir su planeta.
- Y cuando se enteren de que no tenemos ninguna escuadra, ¿qué crees que harán?
- Confío en que no lo averigüen, nuestra baza es la sorpresa. Ellos están desconcertados; nos creían demasiado primitivos para lograr trasladarnos desde la Tierra a este planeta del que jamás habríamos tenido conocimiento si no fuera por Quox.
- ¿Crees que se prepararán ante una posible invasión terrícola?
- Quizás.
- Entonces, no tendremos escapatoria.
  - Nuestra única escapatoria está en Quox, ese extraño ser venido de no sabemos dónde y que viaja solo por el universo.
  - No será el único de su especie, ¿verdad?
  - No lo creo; de todos modos, es un misterio para nosotros.
  - ¿Y los twong no le detectarán?
  - Parece que no. Si pudieran detectar la nave de Quox, ya lo habrían hecho. Nosotros hemos aparecido en este planeta de forma incomprensible para los twong; lo que no les vamos a decir es que nos ha ayudado Quox.
  - ¿Y si llegaran a saberlo?
  - Quizá se quejaran al parlamento intergaláctico y acusaran a Quox de inmiscuirse en asuntos que no están

bajo su jurisdicción.

- Para nosotros, nuestro planeta se ha convertido en un caos que camina hacia la muerte, pero desde que hemos conocido a Quox, todo resulta tan fantástico para mí...
- Y para mí también, Dy. Twong es un planeta bello aunque tenga estas altas temperaturas y humedades; sus cuatro soles son sorprendentes para nosotros.
- Son soles algo más pequeños que el nuestro y uno de ellos es rojo.
- Sí, y todo el conjunto resulta muy hermoso.
- Los guaicos lo estropean; he pasado un miedo atroz.

Keel sonrió.

- En el planeta Tierra también tenemos cocodrilos, águilas, leones o leopardos.
- Es cierto, pero no tienen la maligna inteligencia de esos guaicos.
- No creo que esos bichos tengan capacidad para evolucionar.
- Eso no se puede predecir; a los chimpancés se les ayudó y evolucionaron algo, poco, pero algo
- Quizá puedan evolucionar, pero necesitarán milenios. De todos modos, admito que los guaicos son malignos y peligrosos.
- Máxime cuando son tan temidos por los twong que no se atreven a combatirlos.
- En el planeta Tierra, durante milenios, la vaca ha sido sagrada en la India, y el cerdo apartado en otros lugares; son simbologías religiosas o atávicas. Quién sabe lo que los twong creerán que son los guaicos; quizá piensan que matando a uno solo de ellos caerá la desgracia sobre su pueblo. Si piensan así, no creo que cambien con facilidad.

Se detuvieron frente a la orilla de uno de los océanos del planeta Twong, el oleaje era muy fuerte. Las olas batían la arena y los grupos rocosos tenían sus cuatro o cinco metros de altura.

- Supongo que su reproducción será muy lenta; de lo contrario, se habrían multiplicado mucho con esta protección de que gozan.
- Quizá los guaicos tengan algún depredador, que mantiene su número más o menos estable.

Dejaron pasar algún tiempo. Comieron de los alimentos que llevaban y Keel tomó el rumbo de regreso a la metrópoli. No tenía pérdida, pues la computadora del «cart» había tomado datos del recorrido.Cuando llegaron a la gran metrópoli, ya había habido dos puestas de sol, aunque les quedaban dos soles más. Keel rezongó:

- Fíjate como nos vigilan.

Efectivamente, la guardia imperial se mantenía a distancia con sus vehículos que resultaban muy pequeños comparados con el «cart» de los terrícolas.Iban armados y Keel supuso que con armas poderosas a juzgar por su evolución tecnológica. Por el cielo volaban otras naves de vigilancia.Se les consideraba intrusos; no se les atacaba, pero guardaban muchas precauciones y estaban listos para emplear sus armas nada más recibieran una orden al respecto.Cuando llegaron a las puertas del palacio imperial, éstas se abrieron sin que Keel tuviera que emplear el sistema megafónico pidiendo pasar.Se adentraron por los jardines del palacio imperial de los twong y se detuvieron en el atrio.Keel Soul le había puesto el cinturón con la pistola a Dy, ajustándolo a su esbelta cintura. Por su parte, él tomó el subfusil. Prefería ir armado por si las cosas se le ponían feas.

- Terrícolas, seguidme — ordenó el oficial de la guardia imperial, colocándose ante ellos.

Dy miraba recelosa a aquel ser que tenía aspecto de pequeño simio carnívoro o quizá de gato. Resultaba difícil hallar una analogía con cualquier otra criatura conocida en el planeta Tierra, pero no había que olvidar que detrás de aquellas pequeñas cabezas bullían cerebros muy evolucionados que permanecían atentos a cuanto pudieran hacer o decir los intrusos terrícolas.El emperador les recibió en el amplio salón del trono, rodeado por los miembros de su gobierno y consejeros, Todos miraban escrutadoramente a la pareja terrícola, verdaderos gigantes para ellos,

  - Alteza imperial, es un placer volver a saludaros,
  - ¿Habéis visitado nuestro planeta?
  - Así es, alteza, y no hemos hecho nada por observar vuestras instalaciones militares.

El emperador volvió a fruncir el ceño. Si los terrícolas pensaban invadir su planeta, lo más lógico era que intentaran visitar las instalaciones militares y por si tal cosa ocurría, se habían cursado severas órdenes para impedirlo.Su sorpresa había sido grande porque los terrícolas, al parecer, habían despreciado tales observaciones, lo que podía ser señal de superioridad o arrogancia por parte de los terrícolas.

- No se os ha molestado en absoluto en vuestra visita. Lo que todavía no nos habéis dicho es dónde está vuestra nave interestelar, porque el vehículo que utilizáis sirve sólo para trasladaros por la superficie de los planetas.
- Así es, alteza, sólo sirve para viajar sobre los planetas. Para

llegar hasta aquí hacen falta naves poderosas, más poderosas que las que posee el pueblo twong.

- ¡Nosotros tenemos mejores naves interestelares que los terrícolas!—casi chilló el emperador—. ¡Mejores y mejor armadas!
- Los terrícolas hemos sufrido una evolución rápida y espectacular. No hemos firmado aún la carta magna intergaláctica y sí invadiéramos algún planeta, no infringiríamos ningún tratado; pero no es ésa nuestra intención.
- Si tratáis de invadir nuestro planeta, podéis decirlo ya.
- No vamos a cometer semejante salvajada, alteza.
- Si nos atacáis, nos defenderemos; sabemos cómo hacerlo.

Keel Soul se daba cuenta de que el emperador de los twong tenía la obsesión de que iba a ser invadido por los terrícolas y estaba ansioso por demostrar sus poderes ofensivos; mas ante él sólo tenía a dos terrícolas con pequeñas armas personales.A él quizá le hubiera gustado avistar a un ejército de naves interestelares para saber contra qué y contra cuántos tenía que enfrentarse su pueblo.

- Sólo venimos a exigir que se repare el daño que se nos ha hecho, ya lo hemos expuesto. Si no sucede así, habrá quejas primero y guerra después. No creo que al pueblo de Twong le interese hacer una guerra contra los terrícolas, máxime poniéndose en contra de toda la Confederación Intergaláctica.
- ¡Nosotros no hemos pretendido atacar a nadie!
- Habéis estado en el planeta Tierra.
- Es cierto, pero en simple observación y eso lo permite la carta magna de la Confederación Intergaláctica.
- ¿Y la esterilización de todos los seres mamíferos entre los que nos encontramos los humanos terrícolas?
- Eso fue un accidente.
- Entonces, ¿lo admitís?
- Sí, sí, fue un accidente; se averió una de nuestras naves y hubo una fuga.
- ¿Una fuga de qué?
- Llevábamos una cápsula de infra-microbios fagoespermatozoos.
- ¿Infra-microbios fagoespermatozoos? —se extrañó.
- Sí, son seres sólo visibles al microscopio electrónico. Quedan en suspensión en el aire y allá donde penetre una burbuja de aire, entran ellos y en circunstancias favorables, se multiplican con gran rapidez. Aunque se filtre el aire, los infra-microbios pueden pasar, no hay forma de eliminarlos por filtro.
- ¿Y cuál es la solución?

El emperador habló en su lengua propia y al poco se adelantó otro twong llevando una cápsula no más grande que un melón terrícola.

- Aquí está la solución. Si tuvimos una fuga de infra-microbios fagoespermatozoos, os damos el antídoto para reparar el daño que causamos involuntariamente.
- ¿Qué es esta cápsula?
- Cuando llegues a la atmósfera de vuestro planeta, sólo tienes que mover un resorte que está a la vista y soltarla. Estallará en pocos segundos y se esparcirá por la atmósfera. Otros seres devorarán los infra-microbios fagoespermatozoos y éstos ganarán la batalla; lo hemos comprobado ya.
- ¿Y no afectará a nada más, me refiero a si no alterará nuestro sistema ecológico terrestre?
- En absoluto. Estos seres diminutos han sido creados artificialmente; son específicos para devorar a los otros. Cuando pasa un tiempo, mueren y el aire queda puro; ni os daréis cuenta. Al poco tiempo, la esterilización artificial que sufrís debido a la avería de una de nuestras naves quedará solucionada. Que quede bien claro que nosotros no hemos intentado invadir vuestro planeta; eso jamás podríais demostrarlo. Sólo se podría hablar de un accidente, nada más.

Keel tuvo ganas de soltarle unas cuantas cosas a aquel emperadorcillo. Con su supuesto accidente había causado tanto daño y tanta destrucción en la Tierra que resultaba muy difícil aceptar que lo ocurrido se debiera a un simple accidente cuando sabía que no era así, si no que se trataba de un solapado intento de invasión. Mas, era preferible no violentar la situación si ya tenían el antídoto que tan ansiosamente habían buscado.

- Así lo consideraremos, alteza, un accidente — silabeó Keel aceptando la cápsula con el antídoto contra la esterilización masiva de todos los mamíferos del planeta Tierra.
    - Los twong no deseamos ser enemigos de nadie, por eso estáis invitados a una cena de gala que hemos organizado en vuestro honor.
    - Por favor, alteza imperial, no es preciso que os molestéis.
    - No la podéis rechazar. Os hemos causado un daño involuntariamente y de alguna forma hemos de suplicaros que disculpéis nuestro fallo, Por supuesto, os agasajaremos de acuerdo con nuestras posibilidades.

Dy miró interrogante a su compañero y éste comprendió que no podía eludir la invitación. Después de todo, los twong podían seguir acercándose a la Tierra y como enemigos eran

peligrosísimos; ya había quedado demostrado.

- De acuerdo, alteza. Ahora que ya habéis entregado el antídoto para el daño que causasteis en nuestro planeta, aceptamos vuestra cena, pero tened en cuenta que somos distintos y los manjares que para vosotros pueden resultar muy sabrosos e importantes, para nosotros quizá no lo sean.
- Tenemos conocimiento de vuestras costumbres, os hemos observado por más de un siglo y los alimentos no habrán de repugnaros.

Dy estaba muy preocupada; hubiera deseado marchar de inmediato de la metrópoli de los twong, pero comprendía que no había forma de eludir aquel compromiso que podía calificarse de diplomático.

CAPITULO X

Resultaba incómodo convivir con los twong, tan pequeños en estatura comparados con los terrícolas.

Instintivamente, Dy y Keel se inclinaban para atenderles, mas no podían olvidar que eran seres peligrosos y con una tecnología muy avanzada, aunque ahora estuvieran desconcertados por la presencia de los dos terrícolas en su planeta, ya que les consideraban poco evolucionados aún para poder llegar con sus naves.

En un amplísimo salón de techos altos que no agobiaban a los terrícolas, se preparó el gran banquete o cena de amistad, servido en una larga mesa en forma de herradura.

El mayordomo imperial, jefe de protocolo, les situó a la derecha del emperador.

Durante la' tarde, los más hábiles carpinteros estuvieron preparando unas sillas especiales para los invitados terrícolas e incluso la mesa fue elevada hasta quedar acorde, ni demasiado alta para el emperador y su familia ni excesivamente baja para los terrícolas.

La entrada del emperador fue avisada por unos sonidos muy fuertes y extraños que debían brotar de algún artilugio electrónico musical y que podía ser equivalente a las trompetas de fanfarria usadas por personajes importantes del planeta Tierra que gustaban de hacerse notar.

El emperador llegó con su familia compuesta por ocho personas, entre las cuales Keel no reconoció al príncipe Were al que él había traído en el cartucho de criogenización, por lo que creyó, oportuno preguntar, una vez se hubieron acomodado:

- ¿Cómo está el príncipe Were?
- Bien, bien, vuestro cartucho de criogenización ha funcionado correctamente. Le hemos sacado y se está recuperando lentamente, no temo ya por su vida. Os estoy agradecido por habérnoslo devuelto. El príncipe Were será el heredero del trono, aunque tendrá que esperar a mi muerte. Tiene grandes ideas y es muy combativo.
- No me cabe ninguna duda, alteza imperial, pero me pregunto

una cosa.

- ¿Y qué es?
- ¿Sería el príncipe Were capaz de tomar decisiones por su cuenta?
- Algunas decisiones puede tomarlas, evidentemente, es un príncipe.
- Mi compañero quiere decir si podría tomar decisiones que afectaran a. vuestros intereses o que os pudieran perjudicar ante el parlamento intergaláctico — observó Dy.
- No. El príncipe Were debe consultarme las decisiones importantes y así lo hace.
- Y si no lo hiciera, ¿qué podría ocurrir? — preguntó Keel Soul.
- ¡Eso no puede suceder! — replicó ya furioso el emperador, que demostraba ser fácil presa de la irritación. Quizá era un defecto de todos los seres de Twong.
- Sería mejor que interrogaseis a vuestro hijo, alteza; podría ser que el príncipe Were os hubiera puesto en problemas. Somos varios los que opinamos que es muy difícil catalogar como error la esterilización que hemos sufrido los terrícolas.
- No me gusta tu observación, terrícola, pero interrogaré a mi hijo cuando su mente esté totalmente normalizada.
- Insisto, alteza, y si la decisión de atacarnos con el producto esterilizante hubiera partido del príncipe Were, ¿qué pasaría?
- Si tal cosa hubiera ocurrido, el príncipe o quien quiera que fuese, sin importar su rango, sería castigado.
- ¿Cuál es el castigo? — insistió Dy.
- Tenemos el castigo capital y por si os interesa conocerlo, los reos son subidos a la torre de nuestro templo dedicado a los genios del mal. Los guaicos se encargan de la ejecución.
- ¿Entregáis los reos a los guaicos?
- Sí y no dudaría entregar mi heredero a los guaicos si fuera reo de muerte. Nuestras leyes son muy estrictas y sólo el emperador es inviolable; los demás, aunque sean sus hijos, pueden ser castigados.

Keel Soul no podía estar seguro de si el emperador tenía culpa de lo sucedido en la Tierra o todo había sido idea del príncipe heredero, rebosante de ambición.Mientras hablaban, los servidores repartieron los manjares. Los platos que correspondían a los twong eran pequeños y también fueron pequeños para los terrícolas, sólo que tuvieron la atención de colocarles más cantidad.Los twong demostraron ser grandes carnívoros, pues su cena se basó casi exclusivamente en carnes distintas, aderezadas de diferentes formas.La pareja terrícola comió de los alimentos que les sirvieron. Los notaron sabrosos y

prefirieron no preguntar de dónde procedían o a qué clase de animales pertenecían. Incluso, les llegaron a servir una bebida que se parecía a la champaña terrícola. Ellos bebían otros líquidos, uno de los cuales despedía un vaho morado que les llamaba la atención.Keel y Dy se fueron relajando, su tensión disminuyó. El protocolo se fue rompiendo y el rumor chillón de los comensales subió de tono. Por supuesto, los dos terrícolas eran el tema principal de todas las conversaciones.Al planeta Twong habían llegado otras especies inteligentes del universo, seres que habían contactado con ellos especialmente desde que entraran a formar parte del parlamento de la Confederación Intergaláctica; sin embargo, los terrícolas eran una total novedad. Se les conocía por los viajes que los propios twong habían realizado a la Tierra, pero eran muy pocos los que habían podido verlos con sus ojos y no a través de videos grabados en sus exploraciones.Habían vivido convencidos de que los terrícolas eran inferiores a ellos tecnológicamente y ahora que los tenían como visitantes, ya no se sentían cómodos y tendían a la irritación al comprobar de cerca su elevada estatura comparada con la que ellos poseían, lo que les daba una sensación de inferioridad física.En el espacio que quedaba dentro de la gran herradura que era la larga mesa comenzaron a actuar una especie de saltimbanquis con uniformes militares. Llevaban extrañas armas que Keel supuso serían muy antiguas, y ejecutaban una danza guerrera.Cuando concluyó el número, los comensales aporrearon la mesa con sus puños; los terrícolas dedujeron que era una forma de manifestar su aprobación.Entonces, ellos aplaudieron y fueron observados con agrado por el emperador.Se marcharon los saltimbanquis guerreros y apareció un twong de pelaje blancuzco. Andaba con lentitud y arrastraba una larga capa negra con rayas doradas. Llevaba en su mano un dodecaedro que centelleaba con luces de distintos colores según sus planos.Aquel supuesto brujo soltó el poliedro de doce caras y pese a la fuerte gravedad del planeta Twong, no cayó al suelo si no que se elevó en el aire como poseedor de vida propia. El dodecaedro que casi parecía una esfera giró alrededor de la cabeza del brujo como orbitándola.El centelleante poliedro se apartó del brujo y se situó sobre la mesa, a una altura de un metro. Se desplazó hasta detenerse frente a los terrícolas que creyeron que aquello era una especie de demostración festiva.Mas, los destellos de colores que brotaban de cada una de las caras del dodecaedro bombardeaban de lleno las pupilas de los terrícolas y pese a lo intenso de los destellos, no eran luces molestas que les

obligaran a cerrar los ojos, unos ojos que se fueron quedando muy abiertos, con las miradas extraviadas.Keel Soul intentó sacudir la cabeza para escapar al poder hipnótico de aquel artilugio que les había enviado el brujo, mas ya su cuerpo no obedecía. Sin saberlo, sin haberse prevenido, habían caído en una trampa.Dy había quedado totalmente inmóvil; era como una estatua con los ojos abiertos.El brujo, por orden de su emperador, había conseguido hipnotizar a los terrícolas que ya no podían emplear sus armas para defenderse. Tampoco habían tenido tiempo de lanzar ninguna llamada de auxilio, que era lo que más temían los twong que todavía ignoraban cómo habían podido llegar los terrícolas a su planeta, pues el «cart» A.H.C. no era una nave espacial y sus detectores espaciales no habían captado la presencia de ninguna flota espacial extraña.Sólo había una forma de averiguar la verdad y esa forma la tenía en su mano aquel brujo que utilizaba las más avanzadas técnicas electromagnéticas para dominar las mentes y extraer de ellas todo lo que deseaba conocer.

CAPITULO XI

Keel Soul tenía la impresión de que giraba y giraba dentro de un calidoscopio. Había perdido el sentido de la verticalidad, ya no sabía dónde estaba el abajo y el arriba.

Era como flotar en el espacio cósmico sin gravedad alguna, recibiendo las radiaciones de las estrellas por todas partes mientras unas voces chillonas le interrogaban sin tregua ni piedad.

— ¿Cuántas naves tenéis? ¿Cómo habéis conseguido venir? ¿Cuántas naves tenéis?

Y así, hasta la extenuación.

Lo que no habían acertado a preguntar los twong era quién les había traído; por ello, parecía fracasar el interrogatorio hipnótico, aunque sí sacaron conclusiones y la más importante era que los dos terrícolas estaban solos, que no existía ninguna flota espacial terrícola a punto de invadir el planeta Twong como represalia por la esterilización masiva que estaban sufriendo a causa de la dispersión en la atmósfera terrestre de los infra-microbios fagoespermatozoos.

De pronto, como si le hubieran echado un cubo de agua helada sobre el rostro, Keel se despejó, y salió del estado hipnótico como si surgiera del interior de una profunda sima.

Volvió la cabeza y junto a él vio la pequeña figura de un twong que a su vez le observaba fijamente.

Keel se percató entonces de que se hallaba sujeto a una tabla de madera por cadenas y en torno a sus muñecas habían colocado unos grilletes muy brillantes con cierres sofisticados.

Keel se agitó, mas las cadenas lo sujetaban de forma que no podía levantarse.

El rostro del pequeño twong que estaba junto a él sonrió, satisfecho.

- No podrás escapar, terrícola.

  Keel miró al twong fijamente; todos los twong le parecían muy iguales entre sí, como un simio a otro simio; no obstante...

- Tú eres el príncipe Were, ¿verdad?
- Sí, soy el príncipe Were.
- Estás vivo gracias a mí. ¿Lo sabes?
- Sí, pero eres mi enemigo y si me salvaste es porque creíste encontrar una solución a la esterilización de tu especie a través de mí.
- Es cierto y tengo una duda.
- ¿Cuál? — preguntó desde su arrogante seguridad de ser el vencedor, de tener a su enemigo postrado y sujeto con cadenas.
- ¿El infra-microbio esterilizante fue idea tuya o de tu padre el emperador?
- Yo cumplo las órdenes de mi padre porque cuando el emperador sea yo, exigiré también que mis súbditos y especialmente mis hijos cumplan mis órdenes.
- Comprendo, tu padre es tan sinvergüenza como tú.
- De nada te servirá insultarnos, terrícola; estás vencido. Por el interrogatorio sabemos que no poseéis flota espacial para invadir nuestro planeta.
- Sí, es posible que así sea.
- No es que sea posible, es cierto. Vuestras mentes no tienen ya secretos para nosotros.
- Si seguís adelante con vuestro plan, os condenarán en el parlamento de la Confederación Intergaláctica,
- No nos condenarán porque seréis una especie extinguida sin que nosotros os hayamos invadido. Cuando vuestros cuerpos se corrompan y no quede nadie vivo, nuestros colonos llegarán en naves preparadas para facilitar nuestros asentamientos coloniales. Nadie nos podrá acusar de invasión porque en el planeta Tierra no existirá vida inteligente.
- ¡No lo lograréis!
- Ya lo estamos consiguiendo y tú no vas a poder impedirlo y tampoco tu hembra.
- ¿Dónde está ella?
- Ha sido conducida a la torre del templo.
- ¿Donde están los guaicos?
    - ¿Los conoces?
    - Sí, he tenido el privilegio de matar a uno.
    - ¿Qué has matado a un guaico? — repitió el príncipe, atónito y asustado.
    - Sí, con mis propias manos.
    - ¡No puedo creerlo!
    - Pues es cierto.
    - No es posible, los guaicos no se pueden matar.
    - Pues ya lo he hecho.

- ¡Sufrirás el castigo de los dioses del mal, estúpido, y quizá caigan también sobre el pueblo twong las maldiciones!
- Yo no creo en maldiciones si no en realidades.
- ¡Los guaicos se vengarán en ti cuando hayan devorado a tu hembra!

Keel Soul tensó sus músculos para hacer el máximo de fuerza sobre las cadenas que lo sujetaban, unas cadenas hechas a la medida de los twong que, pese a su agresividad, a sus colmillos y a sus uñas en forma de garras, eran físicamente inferiores a los terrícolas.Dos de las cadenas saltaron partidas ante la extrañeza del príncipe Were, que dio un paso hacia atrás, sorprendido. Mas el brazo de Keel, ya libre, era mucho más largo de lo que el twong había calculado y la mano del terrícola, le atrapó por el cuello.El príncipe Were se revolvió. No podía darle dentelladas porque la mano, del terrícola pasaba por debajo de su mandíbula, pero sí logró arañarle y la sangre brotó del brazo de Keel.

- ¡Maldita bestia cósmica! ¡Si no te estás quieto te sacudo y te parto el pescuezo!

Como si de pronto adquiriera conciencia de que la amenaza del terrícola no eran simples palabras, Were se quedó quieto, mirando fijamente a su enemigo que aún estaba medio encadenado a la tabla de madera.

- No podrás escapar, terrícola — gruñó con dificultad, pues apenas podía mover la boca a causa de la presión de la mano del terrícola.

Keel dio fuertes sacudidas con sus piernas y cintura e hizo saltar las restantes cadenas como gigante que era proporcionalmente a los twong.No se entretuvo en liberarse de los grilletes; cogió un trozo de cadena y con ella rodeó el cuello del twong, sujetando en su mano los dos extremos de forma que el príncipe quedaba bien cogido, al borde de estrangulamiento y sin poder escapar.

- Ahora, me sacarás de aquí o este maldito imperio se queda sin su heredero.
  - ¡La guardia imperial te exterminará en cuanto te vea!
  - No, si tú ordenas que no lo hagan.
  - Yo no, no... ¡Ag! — se calló ante la presión de su garganta.
  - ¡Vamos!

Lo llevó casi suspendido en el aire tras quitarle una pequeña arma que el twong portaba en la cintura. Era una pistola minúscula en manos de Keel, pero disparaba un rayo ondulante

que producía una vibración sonora de gran poder. La puerta de la celda en que se hallaban se hizo añicos al oprimir Keel el resorte del arma, como si se hubiese convertido en cristal y acto seguido le hubieran asestado un mazazo.

- Menos mal que no se te ha ocurrido disparar este artilugio contra mí.

El príncipe Were iba dando saltitos para evitar que la cadena le estrangulara y apenas podía emitir gruñidos.Se encontraron con miembros de la guardia imperial que al ver a su príncipe en aquella situación se quedaron quietos sin intervenir.Keel Soul consiguió llegar hasta unas escaleras ascendentes que subió de seis en seis, sabiendo ya que la guardia habría dado la alarma,

- Quiero ir a mi «cart» — le dijo al príncipe que se había transformado en su rehén.
- ¡Alto, alto, terrícola!

Se topó con una patrulla al doblar por un corredor por el que tenía que avanzar con la cabeza gacha, pues su estatura rebasaba la altitud del techo.Comprendiendo que le iban a disparar, lo hizo él primero y vio rodar por el suelo los cuerpos de los twong mientras con la zurda alzaba al príncipe Were y se lo colocaba delante a modo de escudo. El twong, para no quedar ahorcado por la cadena, se cogió con sus manos provistas de garras al brazo de Keel que goteaba sangre a causa de las heridas que ya tenía.Llegaron a un patio embaldosado. Keel miró a un lado y a otro y le preguntó a Were:

- ¿Dónde está la puerta principal del palacio? Vamos, que tengo prisa.

El príncipe, que apenas podía hablar, señaló con una mano hacia una puerta que daba al patio.Keel corrió hacia ella y se introdujo en otro corredor de techo más alto, lo que le alivió de tener que huir medio encorvado. Volvió a disparar contra otra patrulla de la guardia imperial twong que le salió al paso.Al fin, llegó al gran atrio que daba acceso al palacio, accediendo a él por una puerta lateral.A lo lejos vio su «cart» y corrió hacia él. Lo abrió y se metió dentro. Pudo ver que allí estaba la cápsula del antídoto contra el microbio esterilizante, pues él la había guardado en el «cart» antes de la cena en que habían sido hipnotizados.No tardó en ver a más twongs delante de él. Utilizando el servicio megafónico exterior, gritó:

- ¡Tengo al príncipe Were conmigo! Si utilizáis vuestras armas, él también morirá.

La guardia imperial dudó primero y se retiró después mientras Keel ponía su «cart» en marcha. Ya de entrada, puso el vehículo listo para moverse con la máxima potencia. Se elevó

del suelo para luego salir volando en horizontal por encima de la muralla, pues la gran puerta estaba protegida por vehículos de la guardia imperial.

- Ahora me llevarás a ese templo.
- No, no se puede matar a los guaicos — protestó Were como pudo, ostensiblemente nervioso.
- Al diablo los twong. Creí que estabais evolucionados y resulta que seguís atados por absurdas supersticiones.

No hizo falta que le indicara dónde estaba el templo, pues pudo ver a los guaicos planeando a lo lejos. Era la amanecida del segundo de los soles.Maniobró con el «cart» dirigiéndose hacia el templo que se hallaba en el lado sur de la ciudad y que daba a un pequeño mar. La torre era visiblemente alta y cilíndrica y por encima de ella planeaban ya los malignos guaicos.Keel hubiera deseado poder dispararles, mas tenía que conducir con una mano y sujetar al príncipe Were con la otra; no quería soltarlo porque si lo hacía iba a ser peor que soltar a un gato rabioso dentro del vehículo.Sobre la torre estaba Dy como sonámbula, esperando que alguno de los terribles guaicos se decidiera a caer sobre ella, clavando sus garras en el cuerpo hermoso de la mujer para llevárselo a su guarida y devorarla con tranquilidad o quizás no. porque otros guaicos se disputarían los despojos que se desparramarían, despedazados por garras y a dentelladas.Llegó con el «cart» a lo alto de la torre y abrió la portezuela cuando uno de los guaicos se lanzaba en picado hacia su presa que era Dy.Sin dudarlo un instante, Keel movió su brazo con fuerza, dándole un movimiento de látigo. Luego, abrió la mano y el príncipe Were salió despedido volando, cruzándose en el camino del guaico que por acción instintiva cerró sus garras en aquel cuerpo que se ponía, a su alcance.Emitiendo aquella mezcla de chillidos y ladridos, remontó el vuelo llevándose consigo al hijo del emperador que chillaba horrorizado ante lo que le esperaba, sin que nadie fuera a evitarlo.

- ¡Dy, al «cart», al «cart»! — le gritó.

Sin embargo, a la muchacha aquel estado hipnótico le estaba durando demasiado y caminaba hacia el borde de la torre, un borde muy alto y sin baranda.Otro guaico se lanzó en picado.Keel no dudó en dispararle con el arma twong y la bestia saltó en pedazos. Luego, disparó contra dos pajarracos más y tuvo la impresión de que toda la metrópoli se conmocionaba de horror y de miedo.Los guaicos eran abatidos y los twong debían suponer que ahora todos los males caerían sobre su pueblo. No menos de siete derribó Keel antes de introducir a Dy dentro del

«cart».Cerró y se puso en marcha abandonando la torre del templo. Todavía se asomó por la ventanilla abierta y disparó contra la base de la propia torre que comenzó a temblar para luego desmoronarse con gran estrépito.El radar les advirtió que una flotilla de naves bélicas, pertenecientes a la guardia imperial, salía en su persecución. Los twong no parecían dispuestos a perdonarle lo que había hecho en tan breve tiempo que no les había permitido reaccionar adecuadamente.Descendió hacia el bosque más próximo introduciéndose por debajo de las tupidas copas de los árboles. Mientras, abrió el sistema megafónico y comenzó a llamar:

- ¡Te estamos esperando, Quox, te necesitamos, Quox!

De pronto, los mandos del «cart» comenzaron a actuar por sí solos escapando al control de Keel. Este trató de forzarlos, mas no le obedecieron.El vehículo aumentó de velocidad y siguió avanzando por el bosque en dirección a unos montículos rocosos. Desapareció al otro lado de los mismos donde, de pronto, vieron la gran nave de Quox ya con una compuerta abierta.El «cart» se introdujo por ella sin necesidad de guiarlo; ya estaba gobernado a distancia por el propio Quox.Keel Soul abrió la puerta del «cart»» cuando ya la nave de Quox se hallaba cerrada. Volvióse hacia Dy y la zarandeó, pidiéndole:

- ¡Despierta, despierta!
- ¿Qué pasa, qué pasa?
- ¡Despierta, Dy!
- ¡Keel, Keel!
- No temas, Dy, estás bien. Has estado hipnotizada; nos tendieron una trampa en la cena.

La joven, perpleja, miró en derredor.

- ¿Dónde estamos?
- En la nave de Quox, hemos conseguido escapar. Ya te contaré.

La cogió de la mano y salieron del «cart». Por una rampa subieron a la amplia sala de control donde se hallaba la mesa circular y sobre ella, flotando, la esfera en cuyo interior se podía ver todo el universo.Frente a la mesa, con sus esqueléticas manos extendidas, estaba el enigmático Quox.

- Gracias por habernos ayudado — le dijo Keel, acercándosele.
- Te dije que lo haría, terrícola
- Ahora hay que abandonar el planeta Twong.
- ¿Abandonar?

Una sonrisa semejó brillar en aquel rostro seco y huesudo que más parecía la calavera de un gigante a excepción de sus

grandes ojos, saltones y rasgados, capaces de cambiar de color.

- Es que nos van a coger...
- Estamos ya a más de un millón de kilómetros del planeta Twong.
- ¿Puede ser eso posible?
- Naturalmente, terrícola. Mira, aquel puntito minúsculo y azul que tiene a las grandes estrellas en derredor es el planeta Twong.

Comprendieron que la superioridad de Quox era insalvable, aún para los mismísimos twong que debían estar registrando su planeta palmo a palmo, buscando a los fugitivos que habían cometido la osadía de dejarles sin príncipe heredero, de derribar la torre del templo a los dioses del mal, que resultaban más peligrosos que los dioses del bien, y que además habían matado a unos cuantos guaicos. Según su forma de pensar, sólo un futuro de desgracias les aguardaba.

- Los twong fueron los responsables de la esterilización de la especie terrícola.
- Lo suponía — asintió Quox con su voz grave, de sílabas alargadas.
- Pero tengo el antídoto,
- Mejor, así no necesitaremos llamar a los twong al orden. Por mucho que hayáis sufrido, es mejor dar el suceso por olvidado.
- ¿Olvidado? ¡Han muerto muchos terrícolas por esta causa! — protestó Keel.
- No totalmente — le corrigió Quox—, Vuestras pasiones, vuestros instintos anímales desatados han sido también culpables del caos que ahora tenéis en la Tierra. Vivís en el imperio de los sentidos. Ahora que os podéis recuperar de nuevo, ahora que volveréis a tener descendencia, pensad en que vosotros mismos os habéis estado destruyendo.

—Tienes razón, Quox; nos hemos comportado como bestias — hubo de admitir Keel.Quox se volvió hacia Dy y dijo:

- He de felicitarte.
    - ¿Por qué?
    - Eres la primera hembra terrícola que después del ataque esterilizador de los twong ha concebido a un nuevo terrícola.
    - ¿Yo, embarazada?
    - Así es. Mis ojos son muy poderosos, puedo ver dentro de ti y te aseguro que ya llevas un nuevo ser.

¡Keel, Keel!Se abrazaron y al hombre se le humedecieron los ojos.

- Gracias, Quox, gracias.

- Ya os habéis salvado, terrícolas, luego salvaréis a los demás miembros de vuestra especie, pero recuerda que me diste palabra de honor terrícola de que me entregarías lo que te pidiese si salvabais a vuestra especie.

Los rostros de Keel y Dy se ensombrecieron; su felicidad parecía 'tener ya la gota de hiel.

- Es cierto, Quox, lo prometí y lo cumpliré.
  - Pues, me darás a tu hembra.

A Dy le temblaron los labios al oír las palabras de Quox; miró a Keel interrogante.

- Lo siento, Quox, eso no es posible.
- Me diste tu palabra.
- Prometí darte lo que me pidieras y eso implicaba lo que fuera mío o que yo pudiera conseguir. En mi civilización, nadie es propietario de otro ser y por lo tanto yo no soy dueño de Dy. Si quieres mi vida, tómala, pero a ella no puedo dártela sencillamente porque no es mía.
- ¿Y si me la quedo?
- Entonces, sintiéndolo mucho porque nos has ayudado, tengo la obligación instintiva y racional de defender y amparar a mi compañera, máxime ahora que está encinta.

Quox permaneció en silencio unos instantes que se hicieron largos, eternos. Al fin, dijo:

- Sólo quería probarte, terrícola, ¿qué iba a hacer yo con tu hembra? Pero, si sigues manteniendo tu palabra, puedes dar mi nombre al ser que nazca de vuestra unión.
- Tu deseo será cumplido, se llamará Quox. —- Y ambos siguieron abrazados.

La nave de Quox no tardó en regresarles al planeta Tierra.Por parte de Quox no hubieron explicaciones de cuáles eran sus poderes, tampoco los terrícolas estaban preparados para comprenderlos.Quox les dejó junto al lago Salado, en la granja aparentemente abandonada y desapareció tan misteriosamente como llegara.Keel preparó el cartucho que contenía el eliminador de los infra-microbios fagoespermatozoos y lo arrojó al aire. Estalló suavemente y se formó una nube que se fue disipando.

- ¡Ya tenemos futuro!—exclamó.
- ¿Y lo sabrán todos en el planeta para que termine este horrible caos?
- Sí, vamos; daremos la buena nueva a través del emisor.

Minutos más tarde, Keel Soul se sentaba frente al potentísimo emisor. Abrió todos los contactos y sabiendo que su voz se escucharía por encima de las más importantes metrópolis

de todo el planeta, comenzó a hablar.

- Hermanos de la Tierra, soy Keel Soul y os puedo decir que ya tenemos futuro, la esterilización ha sido conjurada. Hombres y mujeres, uníos y dentro de unos meses tendremos descendencia; ya no más luchar unos contra otros, basta del imperio de los sentidos. Comenzad a reorganizaros en las ciudades donde vivís porque nuestra civilización ya no, se extinguirá. Junto a mí tengo la primera mujer embarazada después del período de esterilización que hemos sufrido. Dy, habla a todos los seres de la Tierra...
- No puedo, Keel, no puedo. Soy tan feliz...

FIN